

El fantasma de Canterville

y otros cuentos

El fantasma de Canterville

y otros cuentos

Csawilde



Editorial Certe Nueva

Edición: Elsa Natalia Obregón Ochoa
Cubierta: Arístides Hernández (Ares)
Diseño: María Elena Cicard Quintana
Composición: Caridad Sanabia de León
Corrección: Janet Rayneri Martínez

© Sobre la presente edición: Editorial Gente Nueva, 2007
Primera edición, 2004
Primera reimpresión

ISBN 959-08-0578-7

Instituto Cubano del Libro, Editorial Gente Nueva, calle 2 no. 58,
Plaza de la Revolución, Ciudad de La Habana, Cuba

El fantasma de Canterville

I

Cuando el señor Hiram B. Otis, el ministro americano, compró Canterville Chase, todas sus amistades le advirtieron que cometía una tontería, pues la propiedad estaba evidentemente embrujada. Hasta el mismo lord Canterville, que era un caballero de lo más puntilloso en cuestiones de honor, consideró su deber informar del hecho al señor Otis cuando llegó el momento de discutir las condiciones de la venta.

—Nosotros dejamos de vivir allí —explicó el lord— desde que mi tía, la duquesa de Bolton, fue aterrorizada por las manos de un esqueleto que se le apoyaron en los hombros mientras se vestía para la cena, y por este motivo, señor Otis, me considero en la obligación de decirle que el fantasma ha sido visto por varios miembros de mi familia, así como por el rector de la parroquia, el reverendo Augusto Dampier, quien es miembro del King's College, de Cambridge. Después del infortunado accidente del que fue víctima la duquesa, ninguno de nuestros criados más jóvenes quiso permanecer con nosotros, y lady Canterville raras veces lograba conciliar el sueño por las noches, por

impedírselo unos misteriosos ruidos procedentes del corredor y de la biblioteca.

—Milord —repuso el ministro—, tomaré el mobiliario y también el fantasma como algo que valora más el inmueble. Procedo de un país moderno, donde tenemos todo lo que el dinero puede comprar; y sospecho que si, en verdad, existiese en Europa un fantasma, no tardaría mucho en encontrarse en alguno de nuestros museos públicos o exhibido por los caminos como una curiosidad.

—Temo que el fantasma existe —repuso lord Canterville sonriendo—, y que bien puede haber resistido las más tentadoras ofertas de los empresarios de su país, señor Otis. Lo conocemos desde hace tres siglos, desde el año 1584, para ser más exacto, y siempre hace su aparición poco antes de la muerte de algún miembro de nuestra familia.

—Lo mismo ocurre con el médico, lord Canterville. Pero realmente no puedo creer que los fantasmas existan, y me imagino que las leyes de la naturaleza no han de estar abolidas para la aristocracia británica.

—Ustedes los americanos son muy prácticos —repuso lord Canterville—, y si no le preocupa el hecho de que haya un fantasma en la casa, no hay más que hablar. Pero le ruego que recuerde que se lo advertí.

Algunas semanas más tarde, la operación de venta quedó concluida, y al terminar el invierno, el ministro y su familia fueron a instalarse en Canterville Chase.

La señora de Otis, quien de soltera se llamó Lucrecia R. Tappan, y que había sido, cuando habitaba en 53 West Street, una celebrada belleza neoyorquina, ahora ya entrada en la edad madura, seguía poseyendo hermosos ojos y soberbio perfil.

Muchas damas americanas, al abandonar su patria, adoptan un aspecto de mala salud crónica, considerando esto como una forma de refinamiento europeo, pero la señora de Otis no cayó en semejante error. Poseía una magnífica constitución y un caudal extraordinario de energía. En muchos sentidos era, en efecto, una verdadera inglesa, un ejemplo acabado de que aun tenemos hoy día mucho de común con América, excepto, desde luego, el idioma.

Su hijo mayor, bautizado con el nombre de Washington en un alarde de patriotismo de sus padres, del que nunca cesaba aquel de lamentarse, era un simpático joven de cabellos rubios, que había llenado todos los requisitos para ingresar en la diplomacia americana al presidir el cotillón del casino de Newport durante tres temporadas seguidas, y que, además, había conquistado fama en Londres por sus extraordinarias aptitudes para el baile. Las gardenias y la aristocracia eran sus únicas debilidades; en todo lo demás, resultaba perfectamente cuerdo.

La señorita Virginia E. Otis era una bella y esbelta jovencita de quince años, de hermosos y grandes ojos azules. Montaba a caballo como una perfecta amazona,

y una vez corrió en el parque una carrera y le ganó por cuerpo y medio al viejo lord Bilton, con gran alegría del joven duque de Cheshire, quien se le declaró en el acto, y esa misma noche fue enviado de regreso a Eton por sus tutores, llorando a lágrima viva.

Después de Virginia venían los mellizos, dos traviosos escolares a quienes de continuo era necesario zurrar. A pesar de esto, los dos chiquillos resultaban muy simpáticos, y, con excepción del digno ministro, eran los dos únicos republicanos verdaderos de la familia.

Como Canterville Chase se encuentra a siete millas de Ascot, la estación ferroviaria más próxima, el señor Otis pidió por telegrama que se le enviase un coche a la estación y en él montaron todos alegremente. Era una hermosa tarde de julio, y el aire estaba impregnado del aroma de los pinos. De tanto en tanto, los viajeros oían el dulce canto de algún pajarito o veían, entre el verde follaje del bosque que bordeaba el camino, el bruñido pecho de algún faisán.

Pequeñas ardillas los observaban, al pasar, desde las ramas de las hayas, y los veloces conejos huían asustados delante del carro, con sus colitas enhiestas, para ocultarse en la maleza.

Sin embargo, cuando el vehículo iba a penetrar en la avenida del parque de Canterville Chase, el despejado cielo se cubrió de pronto de gruesos nubarrones, y una extraña quietud pareció invadirlo todo. Una gran bandada de comejas voló en silencio sobre sus cabezas, y

antes de llegar a la casa, comenzaron a caer algunas gruesas gotas de lluvia.

De pie en la escalinata, se hallaba una mujer vieja, vestida de negro y pulcramente ataviada con cofia y delantal blancos. Era la señora Umney, el ama de llaves, a quien el señor Otis, a ruego de su esposa, le había permitido continuar al servicio de los nuevos dueños de la casa. El ama de llaves hizo una rígida reverencia a cada uno de los recién llegados, a medida que se apeaban del carruaje, y luego, con voz cascada y opaca, dijo:

—Bienvenidos sean los señores a Canterville Chase.

El ministro americano y su familia la siguieron por el hermoso corredor estilo Tudor hasta la biblioteca, una amplia habitación de techo bajo, adornada con paneles de roble negro. En su extremo más alejado había un gran ventanal con cristales de colores, y junto a él estaba dispuesto el servicio de té. Después de quitarse los abrigos, todos tomaron asiento y comenzaron a estudiar los detalles de la habitación, mientras la señora Umney les iba sirviendo el té.

De pronto, la señora de Otis vio una mancha de color rojo mate en el piso, en un lugar próximo a la chimenea, y, sin adivinar la causa de ella, le dijo al ama de llaves:

—Me parece que aquí se ha derramado algo.

—Sí, señora —replicó la anciana, con voz grave y opaca—, es sangre.

—¡Qué cosa más desagradable! —exclamó la esposa del ministro—. No quiero que haya manchas de sangre en las habitaciones. Límpiela usted enseguida.

La mujer, sonriéndose levemente, respondió en el mismo tono de voz:

—Es la sangre de lady Leonor de Canterville, asesinada en este mismo lugar por su esposo, sir Simón de Canterville, en el año 1575. Sir Simón la sobrevivió nueve años, y al cabo de ese tiempo desapareció de súbito, en circunstancias muy misteriosas. Su cadáver nunca pudo encontrarse, pero su espíritu vaga todavía por la casa. La mancha de sangre ha sido muy admirada por turistas y visitantes, y no puede limpiarse.

—¡No diga tonterías! —exclamó Washington Otis—; el *Quitamanchas Pinkerton* la hará desaparecer en un abrir y cerrar de ojos —y antes que la aterrorizada ama de llaves pudiera intervenir, se arrodilló en el suelo y se puso a frotar enérgicamente el piso con una barrita de pasta negruzca.

A los pocos instantes no quedaba el menor vestigio de la mancha.

—¡Ya sabía que el campeón de los quitamanchas tendría un éxito rotundo! —exclamó Washington con tono triunfal, mientras miraba a su embobada familia, pero apenas hubo pronunciado esas palabras, cuando un terrible rayo iluminó la sombría habitación, y un horrísono trueno hizo que todos se levantaran sobresaltados. La señora Umney se desmayó.

—¡Qué detestable clima! —dijo con toda calma el ministro, mientras encendía un gran cigarro—. Me parece que este país está tan superpoblado que el buen tiempo no alcanza para todos. Siempre he creído que la emigración es la única solución para Inglaterra.

—Querido Hiram —dijo la señora de Otis—, ¿qué puede hacerse con una mujer que se desmaya?

—Dile que le vamos a rebajar el sueldo y verás como recobra el conocimiento —indicó el señor Otis, y al cabo de un instante, el ama de llaves se puso en pie sin que nadie la ayudase. Sin embargo, no cabía la menor duda de que se hallaba en extremo trastornada, y muy gravemente advirtió al ministro que una terrible desgracia iba a ocurrir en la casa.

—He visto muchas cosas capaces de erizar los cabellos a cualquier cristiano, señor —dijo—, y más de una noche la he pasado en vela a causa de los horribles acontecimientos que aquí suceden.

El señor y la señora Otis aseguraron, empero, que no les temían a los fantasmas, y, después de recabar la vieja ama de llaves las bendiciones del cielo para sus nuevos amos, y pedir un aumento de salario, se retiró a descansar a su cuarto.

II

La tormenta bramó furiosamente durante toda la noche, pero nada ocurrió que fuera digno de mención. Sin

embargo, a la mañana siguiente, al bajar para el desayuno, encontraron la fatídica mancha de sangre en el piso.

—No creo que el *Quitamanchas Pinkerton* pueda fallar —comentó Washington—, porque lo he puesto a prueba muchas veces y siempre con resultado excelente. Esto debe ser obra del fantasma.

Procedió a quitar la mancha por segunda vez, pero a la mañana siguiente apareció de nuevo. En la mañana del tercer día estaba otra vez allí, aunque por la noche el señor Otis en persona había cerrado la puerta con llave, y se la había llevado a su cuarto.

Toda la familia se hallaba ahora muy interesada en el misterioso incidente. El señor Otis comenzó a pensar que había sido, tal vez, demasiado dogmático al negar la existencia de los fantasmas; su esposa manifestó la intención de ingresar en la Sociedad Psíquica, y Washington redactó una larga carta dirigida a los señores Myers y Podmore, relativa a la tenacidad de las manchas de sangre relacionadas con crímenes. Esa noche desaparecieron para siempre todas las dudas que hasta entonces tuviera la familia Otis con respecto a la existencia objetiva de los fantasmas.

El día había sido despejado y caluroso, y, aprovechando la frescura del atardecer, todos salieron a dar un paseo en coche. A las nueve de la noche estaban de regreso, y cenaron acto seguido. La conversación no versó sobre fantasmas, de modo que ni siquiera existieron las condiciones primarias de receptividad que

con tanta frecuencia preceden a la aparición de tales seres.

Los temas de que se hablaron, según lo he sabido de labios del señor Otis, fueron solo aquellos que constituyen la conversación ordinaria de los americanos cultos de la clase más elevada, tal como la inmensa superioridad de Fany Davenport sobre Sara Bernhardt en las tablas; la dificultad de obtener maíz tierno, pasteles de alforfón y maíz molido, aun en las mejores casas inglesas; la importancia de Boston en lo relativo al desenvolvimiento del mundo en el campo espiritual; las ventajas del sistema de facturación de los equipajes en los ferrocarriles y la dulzura del acento neoyorquino comparado con el londinense.

No se mencionó para nada lo sobrenatural ni se aludió, ni siquiera en forma indirecta, a sir Simón de Canterville. A las once, la familia se fue a dormir, y media hora más tarde todas las luces de la casa estaban apagadas. Algún tiempo después, el señor Otis fue despertado por un curioso ruido procedente del corredor, frente a su puerta. Era como un rechinar metálico, y parecía aproximarse a cada instante. El dueño de la casa se levantó inmediatamente, encendió un fósforo y miró el reloj: era la una en punto de la madrugada.

El extraño ruido continuaba aún, y junto con él oyó ahora el de unos pasos. Se calzó las zapatillas, tomó un pequeño frasco oblongo de su tocador, y abrió la puerta. Frente a él, envuelto en la pálida luz de la luna,

vio a un anciano de terrible aspecto: sus ojos eran tan rojos como ascuas; largos y grises cabellos le caían sobre los hombros en enmarañados rizos; sus ropas, de antiquísimo corte, se hallaban raídas y sucias, y de sus muñecas y tobillos colgaban gruesas esposas y mohosas cadenas.

—Mi estimado señor —dijo el ministro con amable tono—, me permito rogarle que aceite usted sus cadenas, y para ello le traigo un frasco del *Lubricante Sol de Oro*. Aseguran que es eficaz aun con una sola aplicación, y en el prospecto adjunto hallará usted varios testimonios en ese sentido, escritos por algunos de nuestros mejores adivinos. Lo dejaré aquí junto a las bujías, y me consideraré feliz de proporcionarle más si usted lo necesita.

Con estas palabras, el ministro de Estados Unidos dejó el frasco sobre una mesita de mármol que había en el corredor, cerró la puerta y se retiró a descansar.

Por algunos instantes, el fantasma de Canterville permaneció inmóvil a causa de la natural indignación que lo dominaba; luego, con un brusco movimiento, se apoderó del frasco, lo arrojó violentamente contra el lustrado piso, y huyó por el corredor, mientras lanzaba fuertes gritos y emitía una horrible luz verdosa. Pero al llegar a la gran escalera de roble, una puerta se abrió de pronto: dos pequeñas figuras blancas aparecieron en la penumbra y una gran almohada pasó volando a escasa distancia de su cabeza. No había un

momento que perder; de modo que, adoptando a toda prisa la cuarta dimensión del espacio como medio de fuga, el fantasma se desvaneció a través de un muro, y la calma reinó de nuevo en la casa.

Al llegar a una pequeña cámara secreta situada en el ala izquierda, se apoyó contra un rayo de luna para recobrar el aliento, y consideró su situación. Jamás en su brillante e ininterrumpida carrera de trescientos años de fantasma, había sido insultado en forma tan grosera. Pensó en la duquesa viuda, a quien tan bien asustara mientras se vestía frente al espejo; se acordó de las cuatro doncellas que sufrieron sendos y violentos ataques de histeria tan solo porque él les sonrió cuando se asomó por entre los cortinajes del dormitorio; pensó en el rector de la parroquia, cuya vela apagara de un soplo en el momento en que, a altas horas de la noche, salía de la biblioteca, y que desde entonces era atendido por sir Guillermo Gull, el famoso especialista de enfermedades nerviosas; se acordó de la anciana madame de Tremouillac que, al despertarse una mañana temprano y ver a un esqueleto arrellanado en un sillón junto al fuego leyendo su diario íntimo, debió guardar cama durante seis semanas con un ataque de fiebre cerebral, y al restablecerse, se reconcilió con la Iglesia y rompió sus relaciones con Voltaire.

Recordó aquella terrible noche cuando hallaron al perverso lord Canterville semiasfixiado en su dormitorio, con la reina de diamantes atravesada en la

garganta, y confesó, poco antes de morir, que con aquella misma carta le había hecho trampas en el juego a Carlos Fox, en Croackford, ganándole cincuenta mil libras, y juró que el fantasma lo había obligado a engullirse el naipes.

Todas sus grandes hazañas desfilaron por su memoria, desde el episodio de aquel mayordomo que se suicidó de un tiro, en la despensa, por haber visto una mano color verde que golpeaba los cristales de la ventana, hasta el de la bella lady Stutfield, quien durante mucho tiempo debió usar una banda de terciopelo negro en el cuello para ocultar las marcas de cinco dedos impresas en su blanquísima piel, y, por último, se ahogó en el estanque de las carpas que había en el extremo del King's Walk.

Con el natural egoísmo del verdadero artista, repasó sus más célebres hazañas, y se sonrió amargamente al recordar su última aparición como *Rubén el Rojo*, o *el Bebé Estrangulado*; su estreno como *Gaunt Gibeon*, *el vampiro de Bexley Moor*; y la sensación que produjo una hermosa noche de junio al ocurrírsele jugar a los bolos con sus propios huesos en la cancha de tenis.. ¡Y después de todo eso, debían llegar unos malvados americanos de modernas costumbres para ofrecerle el *Lubricante Sol de Oro* y arrojarle almohadas a la cabeza! Era realmente intolerable, y, por cierto, ningún fantasma en la historia había sido tratado de esta manera. Por consiguiente, decidió vengarse, y

permaneció hasta el amanecer en una actitud de profunda reflexión.

III

A la mañana siguiente, cuando la familia Otis se reunió para tomar el desayuno, se discutió extensamente el asunto del fantasma. El digno ministro se sentía algo molesto porque su obsequio había sido rechazado.

—No quisiera que ese buen señor se enfadase —comentó—; y debo decir que considerando su larga residencia en la casa, no me parece muy correcto arrojarle almohadas a la cabeza.

Esta justa observación fue recibida por los mellizos —lamento decirlo— con estrepitosas carcajadas.

—Por otra parte —continuó el señor Otis—, si se niega a emplear el *Lubricante Sol de Oro*, nos veremos en la obligación de secuestrarle las cadenas, porque sería imposible dormir con semejante ruido en los corredores.

Sin embargo, durante el resto de la semana, reinó la tranquilidad más completa en Canterville Chase, y lo único que atrajo la atención de los moradores fue la continua reaparición de la mancha de sangre en el piso de la biblioteca. Por cierto, que esto era muy extraño, pues el señor Otis siempre cerraba la puerta con llave por la noche y las ventanas de ese cuarto tenían sólidas rejas. Las variaciones de color de la mancha, también

produjeron muchos comentarios: algunas mañanas eran de color rojo mate; otras, bermellón o púrpura, y un día que la familia se reunió en la biblioteca para rezar, de acuerdo con los ritos de la Iglesia Episcopal Americana Reformada, se descubrió que la mancha era de color verde esmeralda. Estos caleidoscópicos cambios divirtieron mucho a la familia y, desde entonces, todas las noches se cruzaban apuestas sobre el color que aquella tendría a la mañana siguiente. La única persona que no tomó en broma aquellas misteriosas transformaciones fue Virginia, quien, por alguna inexplicable razón, siempre se sentía muy alarmada al ver la mancha de sangre, y casi se echó a llorar la mañana en que apareció de color verde esmeralda.

La segunda visita del fantasma ocurrió el domingo por la noche. Poco después de haberse acostado todos, se oyó un fuerte estrépito en el corredor. Al descender a toda prisa las escaleras, descubrieron que una gran armadura se había deslizado de sus soportes y había caído sobre el piso. Sentado en una silla de alto respaldo, estaba el fantasma de Canterville frotándose las rodillas con una expresión de agudo dolor en el rostro.

Los mellizos, que nunca se separaban de sus cerbatanas, al punto le descargaron una andanada de chícharos, con esa puntería que solo se obtiene tras una larga y cuidadosa práctica contra la cabeza del maestro. El digno ministro encañonó al pobre fantasma con

su revólver, ordenándole, de acuerdo con la más pura etiqueta californiana, que levantara las manos.

El fantasma, incorporándose con su salvaje grito de rabia, se convirtió en niebla, huyó del corredor y, apagando al pasar la bujía de Washington Otis, dejó a todos los presentes en la más completa oscuridad.

Al llegar a la cima de la escalera se recobró un tanto, y decidió lanzar su célebre carcajada demoníaca, la cual en más de una ocasión le había resultado muy eficaz. Se decía que blanqueó en una sola noche los negros cabellos de la peluca de lord Raker, y, por cierto, que había sido ella la causa de que tres de las gobernantas francesas de lady Canterville renunciaran a su puesto antes de transcurrido un mes de permanencia en la casa.

Así, pues, el fantasma lanzó su horrible carcajada, repitiéndola hasta que el abovedado techo tembló, pero apenas se hubo extinguido el eco de la última, una puerta se abrió de pronto, y ante él hizo su aparición la señora de Otis.

—Temo que esté usted enfermo, señor fantasma —le dijo con amable tono—, y por eso le traigo un frasco del específico del doctor Dobell. Si lo que tiene es indigestión, verá que esto es un remedio excelente.

Sir Simón la miró con expresión de intensa furia, y en el acto comenzó los preparativos para transformarse en un perro negro, hazaña que había contribuido no poco a su fama, y a la cual atribuyó el médico de la

familia la permanente idiotez del Honorable Tomás Horton, tío de lord Canterville. Sin embargo, el ruido de pasos que se aproximaban lo hizo desistir de su propósito, de modo que se conformó con emitir una fosforescencia amarillenta y se desvaneció con un profundo gemido de ultratumba, en el preciso momento en que los mellizos estaban por darle alcance.

Al llegar a su cuarto se sintió dominado por la más violenta agitación. La vulgaridad de los mellizos y el grosero materialismo del señor Otis eran, desde luego, hartamente exasperantes, pero más lo irritaba aún no haberse podido poner la armadura. Supuso que hasta los americanos modernos se sentirían aterrorizados al ver un espectro dentro de aquella, aunque solo fuera por respeto a Longfellow, su poeta nacional, cuyas bellas y ágiles poesías leyerá con frecuencia para matar el tiempo cuando los Canterville se iban a Londres y no quedaba nadie a quien asustar.

Además, aquella armadura le pertenecía. La había usado en el torneo de Kenilworth, ocasión en la que recibió, por cierto, calurosas felicitaciones de la reina. Sin embargo, al querer ponérsela esta noche, el enorme peso del peto y del casco de acero resultó demasiado para él, y, en consecuencia, cayó pesadamente sobre las losas del corredor, golpeándose las rodillas y magullándose la mano izquierda.

Durante algunos días después de este incidente, estuvo muy enfermo, y apenas salió de su cuarto, excepto

para mantener la mancha en buenas condiciones de conservación. No obstante, tras grandes cuidados, logró restablecerse, y resolvió entonces hacer una tercera tentativa para asustar a la familia Otis. Eligió el viernes 17 de agosto para su visita, y pasó la mayor parte de ese día revisando su guardarropa, hasta que tras larga búsqueda se decidió por un sombrero gacho con pluma roja, una capa oscura y una mohosa daga.

Al caer la tarde estalló una violenta tempestad, y el viento, soplando con extraordinaria fuerza, hizo crujir todas las puertas y ventanas de la vieja casa. Ese era el tiempo que a él le agradaba; y alentado con ello, preparó el siguiente plan de ataque: En primer lugar, se introduciría con el mayor sigilo en el dormitorio de Washington Otis, a quien llamaría con voz cavernosa, y, una vez que lo despertara, se apuñalaría tres veces en la garganta, al son de lóbrega música. Abrigaba contra Washington un odio especial, porque sabía muy bien que era él quien borraba la famosa mancha de sangre de Canterville con el *Quitamanchas Pinkerton*.

Una vez que sumiera al temerario y maligno joven en el más espantoso terror, se encaminaría hacia el dormitorio de los esposos Otis, y allí apoyaría su helada mano sobre la frente de la señora, mientras susurraría al oído de su esposo los horribles secretos de las mazmorras de Canterville Chase.

Con respecto a Virginia, no logró llegar a ninguna conclusión definitiva. La jovencita jamás lo había

injuriado, y era bonita y amable. Por lo tanto, consideraba que algunos gemidos lanzados desde el interior del guardarropa serían suficientes, y si no conseguía despertarla con eso, podría quitarle la almohada de debajo de la cabeza.

En cuanto a los terribles mellizos, estaba decidido a darles un buen escarmiento. Para conseguirlo, se sentaría sobre ellos para producirles la sensación de ahogo que se experimenta en las pesadillas y luego, como sus camas estaban una junto a la otra, se colocaría entre ambas, adoptando la forma de un helado cadáver que emitiera una luz verdosa, hasta que quedaran paralizados de terror. Por fin se quitaría la capa y se arrastraría por el piso del cuarto, en la caracterización de *Daniel, el Mudo o el Esqueleto del Suicida*, papel con el que había producido gran efecto en más de una oportunidad, y que consideraba igual al de su famosa parte en *Martín, el Demente o el Misterio de la Máscara*.

A las diez y media oyó que la familia se iba a acostar. Por algún tiempo lo molestaron las salvajes carcajadas de los mellizos que, con la alegría propia de los escolares, parecían estar dispuestos a divertirse un poco antes de dormir; pero a las once y cuarto todo estuvo sumido en el más absoluto silencio, y cuando el reloj del corredor dio las doce, sir Simón comenzó su excursión.

Una lechuza fue a tropezar contra los cristales de una ventana; el cuervo lanzó su tétrico grito desde el viejo roble, y el viento vagaba por el jardín, gimiendo

como un alma de purgatorio, pero la familia Otis dormía, ignorante de su destino, y a pesar del ruido de la lluvia y el viento, se oían con toda claridad los sonoros ronquidos del ministro.

Sir Simón emergió sigilosamente del friso, con una diabólica sonrisa en su cruel y retorcida boca, y la luna, que había aparecido por un momento, ocultó su faz en una nube al pasar el fantasma frente al gran ventanal, donde sus propias armas y las de su esposa se hallaban blasonadas en azur y gualda.

Siguió avanzando como una sombra infernal; y en un momento dado creyó oír una voz y se puso a escuchar, pero solo era el ladrido de un perro de la Granja Roja. Continuó, pues, su camino, murmurando extrañas maldiciones del siglo XVI, y blandiendo de vez en cuando la mohosa daga.

Por fin llegó al ángulo del pasaje que conducía al dormitorio de Washington Otis, y se detuvo un instante, con sus largos cabellos grises flotando a impulso del viento, que formaba grotescos pliegues con la capa del fantasma. El reloj dio el cuarto, y sir Simón, comprendiendo que el momento supremo había llegado, no pudo dominar una sonrisa y dobló la esquina del pasaje, mas apenas hubo hecho esto, cuando retrocedió de pronto lanzando un penetrante grito de terror al tiempo que ocultaba el rostro entre las manos.

¡Frente a él se hallaba un horrible espectro, inmóvil como una estatua y tan monstruoso como el ensueño

de un demente! Su cabeza era calva y brillante; su cara, redonda, gruesa y blanca; y una horrible carcajada parecía haber retorcido sus facciones en una eterna y espantosa mueca. De sus ojos brotaban rayos de luz escarlata; la boca era un pozo de fuego, y un blanco ropaje, como el suyo, cubría por entero las formas del cuerpo. En el pecho del espectro había un cartelón escrito con letras antiguas, que debía ser el relato de salvajes crímenes, y en la mano derecha blandía una cimitarra de brillante acero.

Como nunca había visto un fantasma, sir Simón se sintió terriblemente asustado, y, después de mirar de nuevo al horrible espectro, huyó a toda prisa hacia su habitación, enredándose varias veces en los vuelos de su capa y dejando caer la mohosa daga en una de las botas del señor Otis, donde a la mañana siguiente la encontró el mayordomo.

Una vez en la soledad de su cuarto, se arrojó de bruces sobre el lecho y ocultó el rostro entre las sábanas. No obstante, al cabo de un rato, pudo vencer su natural temor, y decidió ir a hablarle al otro fantasma tan pronto como amaneciera.

Así, cuando la luz del alba teñía de plata las cumbres de las colinas próximas, se dirigió por segunda vez al lugar donde viera al terrible espectro, considerando que, después de todo, dos fantasmas serían mejor que uno, pues, con ayuda de este nuevo amigo, podría darles su merecido a los temibles mellizos.

Sin embargo, al llegar a aquel lugar, un terrible espectáculo se presentó ante sus ojos. Algo le había ocurrido al espectro, pues se hallaba apoyado contra la pared en una rara e incómoda actitud; la rojiza luz había desaparecido de sus ojos, y la cimitarra estaba en el suelo.

Corrió hacia él para tocarlo, mas apenas lo hubo hecho, la cabeza cayó rodando por el pavimento, el cuerpo se deshizo, y sir Simón vio a sus pies una cortina blanca, una cuchilla de cocina, y una calabaza vacía. Sin comprender aquella curiosa transformación, se apoderó del cartel con prisa febril, y a la pálida luz del amanecer leyó estas horribles palabras:

El fantasma de Otis

El único verdadero y original.

Cúidese de las imitaciones.

Todos los demás son falsificados.

De pronto, la luz de la verdad se hizo en su mente. ¡Había sido miserablemente engañado..., se habían burlado de él! La fiera mirada de los viejos Canterville apareció en sus ojos; hizo castañetear sus mandíbulas, y levantando los brazos sobre la cabeza juró, de acuerdo con la pintoresca fraseología de la antigua escuela que, cuando el gallo hubiera cantado dos veces, correrían torrentes de sangre por toda la casa, y la Muerte se pasearía en silencio por los corredores de Canterville Chase.

Apenas hubo terminado el terrible juramento, cuando desde el rojo tejado de una granja lejana, se oyó el

estridente canto de un gallo. Sir Simón lanzó una salvaje carcajada y esperó..., esperó hora tras hora, pero el gallo, por alguna razón particular, no dejó oír su canto por segunda vez.

Por fin, a las siete y media, la llegada de las doncellas lo hizo abandonar su larga espera, y regresó en silencio a su habitación, furioso por no haber llevado a cabo su propósito. Una vez allí, consultó varios libros antiguos de caballería, por los cuales experimentaba gran predilección, y descubrió que siempre que se había hecho aquel terrible juramento, jamás dejó el gallo de cantar dos veces consecutivas.

—¡Maldito sea ese gallo! —gruñó—. ¡Y pensar que hubo un tiempo en el que yo, con mi filosa espada, lo habría obligado a cantar dos veces aunque tuviera que atravesarle el cuerpo de una estocada para conseguirlo!

Tras estas reflexiones, se acostó en un confortable ataúd forrado de plomo, y se durmió hasta el anochecer.

IV

Al despertarse, se sintió muy débil y fatigado. La terrible excitación de las últimas cuatro semanas comenzaba a producir su efecto. Sus nervios se hallaban por completo trastomados, y se sobresaltaba al oír el más ligero ruido. Durante cinco días no abandonó para nada su habitación, y decidió no ocuparse más de la

mancha de sangre del piso de la biblioteca. Si la familia Otis no la quería, realmente no valía la pena seguir conservándola.

Evidentemente, los moradores de la casa pertenecían a una clase social inferior, incapaz de apreciar el valor simbólico de los fenómenos sobrenaturales. La cuestión de las apariciones fantasmales y el desdoblamiento de los cuerpos astrales era algo que él no podía, desde luego, gobernar.

Tenía el deber solemne de aparecer en el corredor una vez por semana, y gemir desde el mirador el primer y tercer viernes de cada mes, y no podía eludir honorablemente tales obligaciones. Había llevado, en verdad, una vida licenciosa, pero eso no impedía que conociese bien su deber en todo lo concerniente a lo sobrenatural.

Por lo tanto, los tres sábados sucesivos atravesó como de costumbre el corredor, entre las doce de la noche y las tres de la mañana, pero adoptó todas las precauciones posibles para que no lo vieran u oyesen. Se quitó las botas para hacer menos ruidos sobre el viejo y carcomido entarimado; reemplazó su sábana por una capa negra, y tuvo buen cuidado de aceitar a conciencia sus cadenas y empleó para ello el *Lubricante Sol de Oro*. Debo confesar que solo tras largas vacilaciones se avino a utilizar este último medio de protección. Sin embargo, una noche, mientras la familia Otis cenaba, se deslizó a hurtadillas en el dormitorio del

ministro para apoderarse del frasco. Se sintió algo humillado al principio, pero no tardó en advertir que el lubricante era de buena calidad y que hasta cierto punto cumplía bien su misión, mas, a pesar de todo, no pudo disfrutar a gusto de una tranquilidad completa.

A cada momento tropezaba con cuerdas colocadas en los corredores, y en una ocasión en que, vestido con el traje que usaba para su parte en *Isaac, el Negro* o *el Cazador del Bosque de Hogley*, se dirigía hacia el dormitorio de los mellizos con el propósito que es de imaginarse, sufrió una fuerte caída al tropezar con una canal que aquellos habían construido desde la entrada de la Cámara de los Tapices hasta la escalera de roble. Este insulto lo enfureció de tal suerte que decidió hacer un último esfuerzo para recuperar su dignidad y su posición social; y, al efecto, decidió visitar a los insolentes mellizos durante la siguiente noche, utilizando su célebre caracterización de *Ruperto, el Temerario* o *el Conde sin cabeza*.

No encarnaba a ese personaje desde hacía más de setenta años y en aquella ocasión había asustado a la hermosa lady Bárbara Modish de tal modo que esta rompió súbitamente su compromiso matrimonial con el abuelo del actual lord Canterville, y huyó a Gretna Green con el simpático Jack Castleton, declarando que por nada del mundo se casaría con un hombre cuya familia permitía que aquel horrible fantasma se paseara por la terraza al anochecer. El pobre Jack fue

más tarde muerto en un duelo con lord Canterville, realizado en el Parque de Wandsworth, y lady Bárbara murió de pena en Tunbridge Wells antes que transcurriera un año, por tanto, su intervención había tenido, en efecto, un éxito completo.

Sin embargo, el "maquillado", si puedo usar esta expresión teatral en relación con uno de los más grandes misterios de lo sobrenatural, era en extremo dificultoso, y sir Simón tardó tres horas largas en dar término a sus preparativos. Por fin, todo quedó listo, y su aspecto lo complació sobremanera.

Las botas de montar que correspondían al disfraz le quedaban un poquito grandes, y solo pudo hallar una de las dos pistolas de arzón, pero a pesar de todo quedó satisfecho, y a la una y cuarto emergió de un muro con el mayor sigilo, y avanzó por el corredor. Al llegar a la habitación de los mellizos, llamada el Dormitorio Azul a causa del color de sus colgaduras, advirtió que la puerta se hallaba entreabierta.

Deseando hacer una entrada sensacional, la abrió de un golpe, y, en el mismo instante, una pesada jarra llena de agua le cayó encima, le caló hasta los huesos, y le pasó rozando a dos pulgadas del hombro izquierdo. Simultáneamente, el pobre sir Simón oyó risas ahogadas procedentes de las camas. La impresión que aquello produjo en su sistema nervioso fue tan intensa, que huyó a su cuarto a toda prisa, y al día siguiente se vio precisado a guardar cama a causa de un fuerte

resfrío. Lo único que lo consolaba un poco, en medio de tantas desgracias, fue el hecho de no haber llevado su cabeza consigo, porque, en tal caso, las consecuencias podrían haber sido muy serias.

Después de ese fracaso, abandonó toda esperanza de asustar alguna vez a aquella ruda familia americana y se conformó con deslizarse por los corredores calzando zapatillas, con una bufanda roja al cuello para protegerse de las corrientes de aire y un pequeño arcabuz por si llegaba a encontrarse con los mellizos.

El golpe final lo recibió el 19 de septiembre. Había ido al corredor con la convicción de que por lo menos allí no lo molestarían y se entretenía en escribir satíricas observaciones en las grandes fotografías del ministro estadounidense y de su señora, que habían reemplazado a los retratos de los antepasados de lord Canterville. Se hallaba vestido con una larga mortaja manchada con musgo de cementerio; había sujetado la mandíbula con una banda de tela amarilla, y llevaba una pequeña linterna y una azada de sepulturero. En realidad, se había vestido así para encarnar a *Jonás Sin Tumba o el Ladrón de cadáveres de Chartsey Barn*, una de sus más notables caracterizaciones, de la cual los Canterville tenían muchos motivos para acordarse, pues era el origen real de su enemistad con lord Rufford, su vecino. Eran aproximadamente las dos y cuarto de la mañana, y de acuerdo con el resultado de la investigación que realizara, todo el mundo se hallaba durmiendo. Sin

embargo, mientras se dirigía a la biblioteca con el propósito de ver si quedaban allí rastros de la mancha de sangre, se le aparecieron de pronto, desde un oscuro rincón, dos pequeñas y movedizas figuras que, agitando salvajemente los brazos por encima de la cabeza, gritaron: "¡Buuuhhh!" junto a sus oídos.

Presa de pánico, cosa muy natural en aquellas circunstancias, echó a correr hacia la escalera, pero se encontró con que allí lo aguardaba Washington Otis, apuntándolo con la manguera de riego; y así, rodeado en todas direcciones por sus enemigos, y casi acorralado, se vio en la necesidad de huir por la gran chimenea, que por fortuna no estaba encendida, y llegó a su cuarto, sucio, con las ropas en desorden y desesperado.

Después de eso no emprendió otras expediciones nocturnas. Los mellizos lo acecharon en varias ocasiones, y todas las noches, con gran fastidio de sus padres y de los criados, esparcían nueces por los corredores, pero tal treta no dio ningún resultado. Era evidente que el fantasma, herido en lo más íntimo, no quería aparecer.

En consecuencia, el señor Otis continuó escribiendo su Historia del Partido Demócrata, trabajo en el cual se ocupaba desde hacía varios años; su esposa organizó una maravillosa fiesta campestre que dio mucho que hablar en todo el condado, y los muchachos se dedicaron al *lacrosse*, al *euchre*, al póquer y a otros juegos nacionales americanos. Virginia daba grandes paseos a caballo, en compañía del joven duque de

Cheshire, quien había ido a pasar en Canterville Chase la última semana de sus vacaciones. Se supuso que el fantasma, ofendido, se había marchado para no volver más, y el señor Otis le escribió una carta a lord Canterville, para anunciarle la grata nueva. Este, en respuesta, expresó que aquella noticia le había producido gran placer, y envió sus más cordiales felicitaciones a la digna esposa del ministro.

Sin embargo, los Otis se engañaban, porque el fantasma no había abandonado la casa, y aunque era casi un inválido, no estaba dispuesto a dejar así las cosas, especialmente cuando supo que entre los moradores de la casa se hallaba el duque de Cheshire, cuyo tío abuelo, lord Francis Stilton, apostó una vez cien guineas con el coronel Carbury a que jugaría a los dados con el fantasma de Canterville, y a la mañana siguiente lo encontraron tendido en el piso de la sala de juego convertido en un paralítico. Aunque vivió hasta los ochenta y tres años, nunca pudo decir otra cosa que "veinticuatro al seis".

El incidente dio mucho que hablar en su época, aunque, desde luego, por respeto a los sentimientos de ambas familias, se hizo todo lo posible por acallararlo, pero, de cualquier modo, es posible hallar un detallado relato de él en el tercer volumen de *Recuerdos del Príncipe Regente y sus Amigos*, de lord Tattle.

Por lo tanto, era muy natural que el fantasma estuviera ansioso por demostrar que no había perdido su

influencia sobre los Stilton, con quienes estaba emparentado, pues su prima carnal se había casado en segundas nupcias con el señor de Bulkeley, de quien, como es sabido, descienden los duques de Cheshire.

Hizo, pues, sus preparativos para visitar al joven enamorado para lo cual utilizó su célebre encarnación de *El Monje Vampiro* o *el Benedictino Exangüe*. Este disfraz era tan horrible que cuando la vieja Startup lo vio con él, cosa que ocurrió en la víspera de Año Nuevo de 1764, lanzó horribles y penetrantes gritos, después de lo cual fue víctima de un ataque de apoplejía que la llevó a la tumba en poco más de cuarenta y ocho horas. Sin embargo, tuvo tiempo de desheredar a los Canterville, que eran sus parientes más cercanos, y le dejó toda su fortuna a su farmacéutico de Londres.

No obstante, en el último momento, el terror que le tenía a los mellizos disuadió a sir Simón de su empresa, y el joven duque durmió en paz bajo el gran dosel del lecho de la Cámara Real, soñando con su amada.

V

Pocos días más tarde, Virginia y su rubio enamorado fueron a caballo hasta los prados de Brockley, donde la jovencita se desgarró tanto el vestido al querer atravesar un seto vivo, que decidió entrar en su casa por la parte de atrás para que no la vieran. Al pasar frente a la Cámara de los Tapices, cuya puerta se hallaba

abierta, creyó ver a alguien en el interior, y pensando que fuese la doncella de su madre, la cual solía llevar allí su costura, entró para pedirle que le arreglara el vestido.

Pero, con la sorpresa que es de imaginarse, se encontró frente al fantasma de Canterville, el cual, sentado junto a la ventana, contemplaba los árboles del parque y las hojas muertas que volaban por los senderos del jardín a impulsos del viento. Tenía la cabeza apoyada en una mano, y por su actitud revelaba hallarse dominado por profundo abatimiento. Tan mal aspecto tenía, que Virginia, cuyo primer impulso fue huir de allí y encerrarse con llave en su cuarto, se compadeció de él y decidió intentar reanimarlo. Tan suave fue su paso, y tanta la abstracción del fantasma, que este solo advirtió su presencia cuando ella le dirigió la palabra.

—Lo compadezco a usted, señor fantasma —dijo la jovencita—, pero mis hermanos vuelven mañana a Eton, y si se conduce correctamente, nadie lo molestará.

—Es absurdo pedirme que me conduzca correctamente —respondió sir Simón, mirando asombrado a la bonita niña que se atrevía a hablarle—. Debo hacer ruido con mis cadenas, gemir a través de los ojos de las cerraduras y pasearme por los corredores durante la noche. Si a eso te refieres, debo advertirte que es la única razón de mi existencia.

—Esa no es ninguna razón plausible, y además, usted sabe muy bien que fue un malvado. La señora

Umney nos dijo, el día de nuestra llegada, que usted había asesinado a su esposa.

—Bueno, lo admito —repuso el fantasma con tono petulante—, pero eso fue un asunto de familia de mi exclusiva incumbencia.

—No se debe matar a nuestros semejantes —dijo Virginia, que a veces tenía una dulce gravedad puritana, heredada de algún viejo antepasado de Nueva Inglaterra.

—¡Oh, detesto la severidad barata de la ética abstracta! —exclamó el fantasma—. Mi mujer era muy ordinaria: jamás me almidonó bien la golilla, y su ignorancia en todo lo relativo a la ciencia gastronómica rayaba en lo indecible. Recuerdo que una vez maté un hermoso gamo en el bosque de Hogley, ¿y sabes cómo lo envió a la mesa? Pero no vale la pena que te lo diga.. Todo ha concluido ya y, de cualquier manera, no me parece que sus hermanos obraran bien al dejarme morir de hambre, aun a pesar de que yo hubiera sido quien la asesinó.

—¿Lo dejaron morir de hambre? ¡Oh, señor fantasma..., digo, sir Simón! ¿Tiene usted apetito? Si es así, puedo darle un emparedado que tengo en mi bolso. ¿Lo quiere?

—No, gracias..., ahora nunca como, pero te lo agradezco mucho de todas maneras. ¿Sabes que eres mucho más amable que el resto de tu vulgar, grosera y deshonesto familia?

—¡Alto ahí! —exclamó Virginia, golpeando el piso con el pie—. ¡Usted es más vulgar y grosero que mi familia, y en lo que a la honestidad se refiere, usted sabe perfectamente quién robó mis pinturas para producir esa ridícula mancha de sangre en la biblioteca! En primer lugar, se llevó todos los rojos, incluso el bermellón, y ya no pude pintar más puestas de sol; luego me hurtó el verde esmeralda y el amarillo de cromo, y por fin solo me dejó el azul y el blanco, con los cuales no podía hacer sino claros de luna, que tienen un aspecto muy deprimente y no son nada fáciles de pintar. Sin embargo, nunca lo delaté, a pesar de que me sentí muy fastidiada, y fue muy ridículo lo que usted hizo porque ¿quiere si no decirme quién ha visto jamás sangre de color verde esmeralda?

—Tienes razón, pero ¿qué podía hacer yo? —dijo el fantasma con humilde tono—. En la actualidad es muy difícil conseguir sangre verdadera, y como tu hermano comenzó a trabajar con su maldito quitamanchas, no vi ninguna razón que me impidiera apoderarme de tus pinturas. En cuanto al color, debes saber que es cuestión de gusto: los Canterville, por ejemplo, tenemos sangre azul..., la más azul de Inglaterra; pero sé muy bien que ustedes los americanos no se preocupan por tales cosas.

—Eso lo cree usted, pero la realidad es muy distinta. Lo mejor que podría usted hacer es emigrar y viajar un poco para ilustrarse. Mi padre le conseguirá,

con el mayor placer, un pasaje gratis, y aunque todo lo espiritual está gravado con fuertes impuestos, no creo que haya dificultades en la Aduana, pues los empleados son demócratas en su totalidad. Una vez que llegue a Nueva York, su éxito está asegurado. Conozco a infinidad de personas que darían con gusto cien mil dólares por tener un abuelo, y con mucho más motivo por tener el fantasma de un antepasado.

—No creo que América me agrade —dijo pensativo el fantasma.

—Supongo que es porque no tenemos ruinas ni antigüedades —replicó Virginia con irónico tono.

—¿Ni ruinas ni antigüedades? —comentó sir Simón—. Tienen su armada y sus modales.

—¡Es usted un insolente! —exclamó la jovencita—. Iré a decirle a papá que le consiga una semana más de vacaciones a los mellizos. ¡Buenas tardes!

—¡Oh, no te vayas! —dijo del fantasma con voz plañidera—. Me siento tan solo y soy tan desgraciado que de veras no sé qué hacer. Quisiera dormir y no puedo.

—Eso es absurdo. Si quiere dormir no tiene más que acostarse en su cama y apagar la bujía. A veces es muy difícil mantenerse despierto, especialmente en la iglesia, pero dormirse es la cosa más sencilla del mundo. Hasta los niños recién nacidos lo saben, y eso que no son muy listos.

—Hace trescientos años que no duermo —repuso el fantasma con triste tono, y los hermosos ojos azules

de Virginia se abrieron maravillados—; ¡hace trescientos años que no duermo, y estoy tan fatigado!

Una expresión grave se dibujó en el rostro de la jovencita, y sus labios temblaron como los pétalos de una rosa. Se aproximó a él, y, arrodillándose a su lado, lo miró a los ojos.

—¡Pobre..., pobre fantasma! —murmuró—; ¿no tiene ningún sitio dónde dormir?

—Muy lejos..., más allá de los bosques de pinos, hay un pequeño jardín —respondió sir Simón con voz muy baja—. Allí la hierba es alta y suave, y el ruiseñor canta toda la noche contemplado por la blanca luna, mientras los gigantescos tejos protegen con sus nudosos brazos a los que duermen.

Con los ojos llenos de lágrimas, Virginia ocultó el rostro entre las manos.

—¿Habla usted del Jardín de la Muerte? —susurró.

—Sí, de la Muerte. ¡Debe ser tan bella! Nada ha de haber más hermoso que yacer sobre la blanda y oscura tierra, con la hierba meciéndose suavemente a impulsos de la brisa, y escuchar el susurro del bosque. No tener ayer, ni mañana. Olvidar el tiempo, perdonar la Vida y estar en paz. Ayúdame, Virginia..., tú puedes abrir para mí las puertas de la Mansión de la Muerte, porque el Amor está siempre contigo, y él es más poderoso que la Muerte.

Virginia se estremeció como si sintiera frío, y por algunos instantes guardó silencio. Le parecía tener un terrible sueño.

El fantasma habló de nuevo, con voz semejante al susurro del viento entre el follaje de los árboles.

—¿Has leído alguna vez la vieja profecía que hay junto a la ventana de la biblioteca? —preguntó.

—Sí, muy a menudo —repuso Virginia, levantando la vista—. La conozco muy bien. Está escrita en letras muy raras, de color negro, y resulta difícil de leer. Solo tiene seis líneas, pero no sé lo que significan:

Cuando una niña rubia
pueda arrancar plegarias de los labios del pecador;
cuando el seco almendro fructifique
y una niña enjuague sus lágrimas,
toda la casa estará tranquila
y la paz reinará en Canterville Chase.

—Quieren decir —repuso el fantasma con triste tono—, que debes llorar por mis pecados, porque yo no tengo lágrimas, y rogar conmigo por mi alma, porque yo no tengo fe. Luego, si has sido siempre buena y amable, el Ángel de la Muerte tendrá piedad de mí. Verás terribles imágenes en la oscuridad, y malvadas voces te hablarán al oído, pero nada malo pueden hacerte, porque la inocencia de una niña vence todos los poderes infernales.

Virginia guardó silencio, y el fantasma se retorció desesperado las manos, mientras contemplaba la inclinada cabeza de la muchacha. De pronto, esta se incorporó, muy pálida y con los ojos brillantes.

—Nada temo —dijo con voz firme—, y le pediré al Ángel de la Muerte que tenga piedad de usted.

El fantasma se levantó de su asiento con un débil grito de alegría, y tomando la mano de Virginia, se inclinó con anticuada gracia y la besó. Sus dedos eran fríos como el hielo y sus labios quemaban más que el fuego, pero Virginia no vaciló cuando el fantasma la condujo a través de la oscura habitación. En las verdes colgaduras habían bordados pequeños cazadores, que soplaron sus cuernos y le hicieron desesperadas señas para que no acompañara a sir Simón.

—¡Detente, Virginia! ¡Detente! —gritaban, pero el fantasma asió con más fuerza su mano, y ella cerró los ojos para no ver aquellas imágenes.

Horribles animales con colas de lagarto y ojos saltones la contemplaban desde la esculpida chimenea, murmurando:

—¡Ten cuidado, Virginia! ¡Ten cuidado, que tal vez nunca más te volvamos a ver! —pero el fantasma apretó el paso y la jovencita no escuchó aquellas voces.

Al llegar al extremo del cuarto, sir Simón se detuvo y murmuró palabras que Virginia no pudo comprender. Esta abrió los ojos y vio que la pared se desvanecía lentamente como la niebla a impulso del viento, y una negra abertura apareció ante ella. Un viento helado le azotó el rostro y sintió que alguien le tiraba del vestido.

—¡Pronto, pronto —exclamó su guía—, o será demasiado tarde!

Un momento después la pared se cerraba tras ellos, y la Cámara de los Tapices quedó vacía.

VI

Unos diez minutos más tarde fue servido el té, y como Virginia no bajara al comedor, la señora de Otis envió a uno de los sirvientes en su busca, pero aquel regresó poco después para anunciar que no había podido encontrar a la niña.

Como Virginia solía ir al jardín todas las tardes, a fin de recoger flores para adornar el comedor, la señora de Otis no se sintió muy alarmada al principio, pero cuando dieron las seis y la joven no apareció, fue presa de gran agitación y envió a los muchachos a buscarla. Mientras ella misma, en compañía de su esposo, registraba cada una de las habitaciones de la casa. A las seis y media los niños regresaron, anunciando que no habían encontrado a su hermana.

Esta noticia produjo gran conmoción, que se acrecentó al recordar el señor Otis que algunos días antes había dado permiso a una banda de gitanos para que acamparan en el parque. Partió en el acto en dirección a Blackfell Hollow, donde sabía que aquellos estaban, acompañado por su hijo mayor y dos de los peones de la granja. El duque de Cheshire estaba loco de ansiedad y le rogó que le permitiese acompañarlo, pero el ministro no quiso, pues temía que hubiese lucha. Sin embargo, al llegar al sitio donde acamparan los gitanos, descubrió que estos ya se habían marchado y evidentemente su partida debió haber sido

muy súbita, porque el fuego ardía aún, y encontró algunos restos de comida sobre la hierba.

Después de ordenarle a Washington y a los dos hombres que registraran los alrededores, regresó a Canterville Chase y despachó telegramas a todos los inspectores de policía del condado, pidiéndoles que buscaran a una niña que había sido raptada por gitanos o vagabundos. Luego pidió su caballo, y después de insistir en que su esposa y los tres hijos cenaran, tomó el camino de Ascot en compañía de un palafrenero. Mas, apenas había cabalgado un par de millas, cuando oyó que alguien galopaba detrás suyo, y al volver la cabeza vio al duque, quien con el semblante rojo, y sin sombrero, avanzaba hacia él.

—¡Lo lamento mucho, señor Otis, pero no podría comer mientras Virginia no haya aparecido! —gritó—. Le ruego que no se enfade conmigo; si nos hubiese permitido comprometernos el año pasado, esto no habría sucedido. Usted no me ordenará que regrese ¿verdad? ¡No quiero volver!

El ministro no pudo, a pesar suyo, reprimir una leve sonrisa al advertir la obstinación del muchacho, y la devoción de este por Virginia lo conmovió mucho, de modo que, inclinándose, palmeó bondadosamente al joven duque y dijo:

—Si no quieres volver, Cecilio, no puedo obligarte a ello. Ven conmigo, pero temo que deberé comprarte un sombrero en Ascot.

—¡Oh, al demonio mi sombrero! ¡Yo quiero que vuelva Virginia! —exclamó el joven y, acto seguido, poniendo ambos sus cabalgaduras al galope, se dirigieron hacia la estación de ferrocarril. Allí el señor Otis le preguntó al jefe si alguien que respondiera a la descripción de Virginia había sido vista en el andén, pero no logró obtener noticias de ella. El jefe de la estación telegrafió a todos los puntos de la línea, y le prometió que se vigilaría en todas las estaciones. El señor Otis agradeció a su informante, y después de comprarle al duque un sombrero en un negocio cuyo propietario se disponía a cerrar en aquel momento, se dirigió hacia Broxley, pueblo distante unas cuatro millas de allí, y que según le habían dicho era una notoria guarida de gitanos, pues existía en las afueras un tupido bosque. Hicieron levantar al policía rural, pero no pudieron obtener informes de él, y, después de registrar todo el bosque, emprendieron el regreso y llegaron a Canterville Chase a eso de las once, exhaustos y muy acongojados.

Encontraron a Washington y a los mellizos esperándolos en el portón con linternas, pues la avenida que conducía hasta la casa era muy oscura. De Virginia no se había descubierto ni el más ligero rastro; los gitanos fueron detenidos en el bosque de Broxley pero la niña no estaba con ellos, y explicaron su súbita marcha diciendo que habían confundido la fecha de la Feria de Chorton, y partieron a toda prisa por temor de

llegar tarde. En realidad se sintieron muy apenados al enterarse de la desaparición de Virginia, pues se hallaban muy agradecidos al señor Otis por haberles permitido acampar en el parque de Canterville Chase, y cuatro de ellos acompañaron al ministro para ayudarlo en la búsqueda.

El estanque de las carpas fue dragado y Canterville Chase se registró en toda su extensión, pero sin el menor resultado. Era evidente que, al menos por esa noche, Virginia estaba perdida para ellos.

Agobiados por la más profunda angustia, el señor Otis y los jóvenes se encaminaron hacia la casa, seguidos por el palafrenero con los tres caballos. En el corredor encontraron a un grupo de asustados sirvientes, y, recostada en un sofá de la biblioteca, a la pobre señora de Otis que, postrada por el terror y la ansiedad, era solícitamente atendida por la anciana ama de llaves.

El señor Otis insistió en que debían tomar algún bocado, y ordenó una ligera cena para todos, durante la cual nadie habló, ni siquiera los mellizos, que estaban muy asustados y no pudieron ocultar su ansiedad, pues querían mucho a su hermanita. Terminada la cena, el señor Otis, a pesar de las súplicas del duque, ordenó a todo el mundo irse a la cama, diciendo que nada más podía hacerse aquella noche, y que por la mañana telegrafiaría a Scotland Yard para que enviase inmediatamente algunos investigadores.

Al salir del comedor, sonaban en el reloj de la torre las doce y junto con la última campanada se oyó un estrépito y un penetrante grito; un horrible trueno parecía sacudir la casa entera; algunas notas de una extraña música flotaron en el aire; un panel en el tope de la escalera se abrió con un fuerte ruido, y Virginia muy pálida y con una caja de metal en la mano, apareció ante los ojos de sus apenados padres. En un instante, todos estuvieron a su lado. La señora de Otis la abrazó apasionadamente; el duque casi la asfixia con violentos besos, y los mellizos, para demostrar su alegría, ejecutaron una salvaje danza de guerra alrededor del grupo.

—¡Cielos! ¿Dónde estuviste, chiquilla? —preguntó el señor Otis con tono casi colérico, creyendo que su hija les había gastado alguna broma tonta—. Cecilio y yo hemos recorrido todo el distrito buscándote, y tu madre por poco se enferma del susto. No debes volver nunca a hacernos bromas tan pesadas como esta.

—¡Excepto al fantasma! ¡Excepto al fantasma! —gritaron los mellizos, mientras danzaban desenfrenadamente alrededor.

—¡Gracias a Dios que has vuelto, querida mía! ¡Ya nunca más te separarás de mí! —murmuró la señora de Otis, besando a su hijita y acariciándole los rubios cabellos.

—Papá, estuve con el fantasma —explicó Virginia—. Ha muerto y ustedes deben ir a verlo. Fue muy malo,

pero se mostró muy arrepentido por lo que había hecho, y antes de morir me dio esta caja con hermosas joyas.

Todos miraron asombrados y en silencio a Virginia, pero el tono de esta era grave y serio. Virginia, entonces, condujo a sus maravillados padres a través de la abertura de la pared, y de allí a un estrecho corredor secreto, seguida de cerca por Washington, quien llevaba en la mano una bujía que tomara de una mesa. Por fin, llegaron a una maciza puerta de roble, adornada con oxidados clavos. Al empujarla Virginia, giró sobre sus sólidos goznes, y todos se hallaron en una habitación de techo abovedado, cuya única abertura, aparte de la puerta, era una ventanita provista de una sólida reja.

Incrustada en la pared había una enorme anilla de hierro; y atado a ella, y tendido sobre el piso de piedra un esqueleto, que parecía tratar de asir con sus descarnados dedos un jarro y un plato colocados justamente fuera de su alcance. El jarro debió haber estado lleno de agua alguna vez, pues su parte interior se hallaba cubierta de verdín. En el plato solo había un montoncito de polvo.

Virginia se arrodilló junto al esqueleto y, uniendo sus manos, se puso a orar en silencio, mientras el resto de la familia no salía de su asombro al contemplar la terrible tragedia, cuyo secreto acababa de revelarse a sus ojos.

—¡Oh! —exclamó de pronto uno de los mellizos, que se había asomado a la ventana para tratar de descubrir en qué ala de la casa estaba situada aquella habitación—. ¡Miren! ¡El almendro que parecía estar seco ha florecido! Desde aquí se pueden ver las flores a la luz de la luna.

—Dios lo ha perdonado —dijo Virginia con grave tono al ponerse de pie, y una hermosa luz pareció bañar su rostro.

—¡Eres más buena que un ángel! —exclamó el duque, le echó los brazos al cuello y la besó.

VII

Cuatro días después de estos extraños acontecimientos, una procesión partió de Canterville Chase a eso de las once de la noche. El carro fúnebre era arrastrado por ocho caballos negros, cada uno de los cuales tenía en la cabeza un gran penacho de plumas de avestruz, y el féretro estaba cubierto por un rico manto de púrpura con el escudo de armas de los Canterville bordado en oro.

Junto al coche fúnebre y a los carruajes de duelo marchaban los criados con teas, y el aspecto de la procesión era, en verdad, impresionante. Lord Canterville presidía el duelo; había llegado de Gales con ese objeto, y ocupó el primer carruaje junto con Virginia. En el

segundo se hallaban los esposos Otis. El tercero fue ocupado por Washington y los tres muchachos, y en el último estaba la señora Umney, que, habiendo sido asustada por el fantasma durante más de cincuenta años, tenía derecho a acompañarlo hasta su última morada.

Una profunda fosa había sido abierta en un rincón del cementerio, justamente al pie del añoso tejo, y el oficio de difuntos, que emocionó a todos, fue leído por el reverendo Augusto Dampier. Terminada la ceremonia, los criados, siguiendo una vieja tradición de la familia de los Canterville, apagaron las teas, y cuando el féretro descendía a la tumba, Virginia se adelantó y dejó caer una gran cruz hecha con flores de almendro.

Apenas se hubo hecho esto cuando la luna surgió detrás de una nube, bañando con su plateada luz todos los ámbitos del cementerio, y un ruiseñor se puso a cantar en un lejano matorral. La jovencita recordaba la descripción del Jardín de la Muerte que le hiciera el fantasma, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Durante el viaje de regreso, permaneció silenciosa y abstraída.

A la mañana siguiente, antes que lord Canterville partiera para Londres, el señor Otis tuvo una entrevista con él, para hablarle de las joyas que el fantasma le había dado a Virginia. Eran magníficas, en especial un collar de rubíes con una hermosa montura de estilo veneciano, que constituía un soberbio ejemplar del arte joyero del siglo XVI, y de tanto valor, que el señor

Otis sentía grandes escrúpulos en consentir que su hija las aceptara.

—Milord—dijo—, estas joyas le pertenecen a la familia Canterville; debo, pues, rogarle que se las lleve a Londres y las considere simplemente una parte de su propiedad, que le ha sido reintegrada en extraordinarias circunstancias. En lo que a mi hija se refiere, es una chiquilla, y por ahora, me alegro de poder decirlo, siente muy poco interés por los adornos. Además, mi señora, quien es una autoridad en materia de arte, pues tuvo el privilegio de residir en Boston durante varios años cuando era soltera, me ha dicho que esas joyas son de gran valor y que si se ponen en venta, producirán una fortuna. Dadas estas circunstancias—continuó el ministro—, tengo la convicción de que usted reconocerá que me es imposible consentir que permanezcan en poder de un miembro de mi familia. Por otra parte, todos esos objetos de lujo, por más adecuados o necesarios que sean para la dignidad de la aristocracia británica, estarían completamente fuera de lugar en aquellos que han sido educados en los severos e inmortales principios de la sencillez republicana. Quizás debo decirle que Virginia desea que usted le permita conservar la caja como un recuerdo del infortunado sir Simón. Como dicha caja es muy vieja y se halla en malas condiciones de conservación, no creo que tenga usted inconveniente en acceder a sus deseos. Por mi parte, confieso que me sorprende

sobremesura el hecho de que uno de mis hijos demuestre esa extraña simpatía por las cosas del medioevo, y solo podría explicarla por el hecho de que Virginia nació en uno de los suburbios de Londres, poco después de regresar mi señora de una excursión por Atenas.

Lord Canterville escuchó con grave expresión las palabras del digno ministro, retorciéndose, de tanto en tanto, su gran bigote gris para ocultar una sonrisa involuntaria, y cuando el señor Otis hubo terminado, le estrechó cordialmente la mano, y le dijo:

—Estimado señor, su encantadora hija le hizo un grandísimo servicio a mi antepasado, y mi familia y yo le estamos muy agradecidos por el valor y la presencia de ánimo que demostró poseer. Las joyas son de ella, sin duda alguna, y tengo la convicción de que si yo fuera lo bastante desalmado para quitárselas, el viejo pillo saldría al instante de la tumba y me haría pasar una vida insoportable. En cuanto a que las joyas formen parte de la propiedad de mi familia, debo recordarle que un objeto no puede ser heredado si no lo menciona el testamento u otro documento legal. Le aseguro que no tengo más derecho a esas joyas que su propio mayordomo, y me atrevo a creer que cuando su hija sea mujer, le agradecerá mucho lucirlas. Además, señor Otis, usted olvida que compró los muebles junto con la casa y que aceptó hacerse cargo del fantasma; por lo tanto, todo lo perteneciente a él pasó a ser

suyo, porque, cualesquiera que sean las actividades a las que se haya entregado sir Simón en los corredores de Canterville Chase, legalmente estaba muerto, y usted adquirió todas sus propiedades al firmarse el contrato de venta.

El señor Otis se sintió muy apenado por la negativa de lord Canterville, y le rogó que reconsiderara su decisión, pero el bondadoso par fue inflexible y por último consiguió del ministro que permitiese a su hija aceptar el obsequio del fantasma. Así, cuando en la primavera de 1890 la joven duquesa de Cheshire fue presentada a la reina en ocasión de su matrimonio, sus joyas fueron el tema general de las conversaciones de palacio.

Virginia recibió el título de nobleza, que es la recompensa que aguarda a todas las niñas americanas que se conducen bien, y se casó con su novio de la infancia al llegar a la mayoría de edad. Ambos eran tan encantadores y se querían tanto, que todo el mundo estuvo contentísimo con aquel matrimonio, excepto la vieja marquesa de Dumbleton, quien había tratado de atrapar al joven duque para casarlo con una de sus siete hijas solteras, y llegó a ofrecer no menos de tres grandes fiestas con ese fin.

Aunque parezca extraño, hubo otra persona que tampoco estuvo muy conforme con aquel matrimonio, y fue el señor Otis. El digno ministro estimaba mucho al joven duque, pero teóricamente sentía gran aversión

por los títulos nobiliarios, y, para emplear sus propias palabras, eso se debía "al temor de que los puros principios de la sencillez republicana quedaran olvidados por la desmoralizadora influencia de una aristocracia amante de los placeres". Sin embargo, sus objeciones fueron por completo dominadas, y creo que cuando avanzó por la nave de la iglesia de San Jorge en Hannover Square, llevando a su hija del brazo, no había un hombre más orgulloso que él en toda Inglaterra.

El duque y la duquesa, después de terminada la luna de miel, se trasladaron a Canterville Chase, y al día siguiente de su llegada, dieron un paseo al atardecer hasta el pequeño cementerio. Al principio hubo algunas dificultades para hallar la inscripción más adecuada para la tumba de sir Simón, pero por fin se decidió grabar en la lápida las iniciales del caballero y el verso que había en la ventana de la biblioteca.

La duquesa había llevado consigo un ramo de bellas rosas, con las que cubrió la tumba, y después de permanecer un rato junto a esta, se encaminaron hacia la vieja abadía. Allí, Virginia se sentó en una columna derruida, mientras el duque, recostado sobre la suave hierba, fumaba un cigarro y contemplaba los bellos ojos de su mujer. De pronto, arrojando lejos el cigarrillo, le tomó una mano, y dijo:

—Virginia, una mujer no debe tener secretos para su esposo.

—¡Querido Cecilio! Yo no los tengo para ti.

—Sí, los tienes —respondió él sonriendo—; nunca me has dicho lo que te ocurrió mientras estuviste con el fantasma.

—No se lo he dicho a nadie en el mundo, Cecilio.

—Ya lo sé, pero creo que yo podría saberlo.

—No me pidas eso..., no puedo decírtelo. ¡Pobre sir Simón..., le debo tanto! Sí, no sonrías, Cecilio..., es muy cierto. Él me hizo ver lo que es la Vida, lo que la Muerte significa, y por qué el Amor es más fuerte que ambas.

El duque se incorporó y besó amorosamente a su mujer.

—Puedes guardar el secreto mientras yo tenga tu corazón —murmuró.

—Siempre lo has tenido, Cecilio.

—Sí, y algún día se lo dirás a nuestros hijos, ¿verdad? Virginia se ruborizó.

El ruiseñor y la rosa

—Dijo que bailarían conmigo si le llevaba unas rosas rojas —se lamentaba el joven estudiante—; pero en todo mi jardín no hay una sola.

Lo oyó el ruiseñor desde su nido de la encina, y miró por entre las hojas, asombrado.

—¡No hay una sola rosa en todo mi jardín! —exclamó con triste voz el estudiante, y sus bellos ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Ah, de qué cosas tan insignificantes depende la felicidad! He leído todo cuanto los sabios han escrito; poseo todos los secretos de la filosofía, y, sin embargo, por faltarme una rosa roja, mi vida se verá destrozada.

—He aquí, por fin, un verdadero enamorado —dijo el ruiseñor—. Noche tras noche le canto, aun sin conocerlo; todas las noches repito su historia a las estrellas, y ahora lo veo. Su cabello es tan oscuro como la flor del jacinto, y sus labios tan rojos como la rosa que desea, pero la pasión ha tornado su rostro pálido como el marfil, y la pena deja huellas en su frente.

—El príncipe dará un baile mañana por la noche —murmuró el joven estudiante—, y mi amada asistirá a la fiesta. Si le llevo una rosa roja, bailaré conmigo

hasta el amanecer. Si le llevo una rosa roja, la tendré en mis brazos, reclinará su cabeza en mi hombro y su mano estrechará la mía. Pero en mi jardín no hay rosas rojas; tendré que estar solo, y ella no me hará caso alguno. Pasará a mi lado orgullosa y mi corazón se desgarrará.

—Este muchacho es, en realidad, un verdadero enamorado —dijo el rui señor—. Sufre todo lo que yo canto; aquello que para mí constituye alegría, es pena para él. Sin duda el amor es algo maravilloso..., algo de más precio que las esmeraldas, de más valor que los ópalos. No se paga con perlas ni granates, porque no se ofrece en venta. No se puede comprar a los mercaderes, ni tampoco pesarlo en la balanza para adquirirlo por su peso en oro.

—Los músicos estarán en su estrado —decía el joven estudiante—, tañerán los instrumentos y mi amada bailará al son de arpas y violines. Bailará con paso tan grácil que sus pies apenas rozarán el suelo, y los cortesanos, con sus brillantes vestiduras, la rodearán solícitos; pero conmigo no bailará porque no tengo rosas rojas para llevarle —y, dejándose caer sobre el césped, ocultó el rostro en las manos y lloró.

—¿Por qué llora? —preguntó una verde lagartija que cerca de él correteaba con la colita enhiesta.

—Sí, ¿por qué? —dijo una mariposa, que perseguía con afán a un rayo de sol.

—Eso es, ¿por qué? —susurró una margarita al oído de su vecina.

—Llora por una rosa roja —replicó el ruiseñor.

—¿Por una rosa roja? —exclamaron todos—. ¡Qué ridiculez!

Y la lagartija, que era algo cínica, se echó a reír estrepitosamente.

Pero el ruiseñor comprendía la causa de la pena del estudiante, y, posado en un añoso roble, reflexionó en silencio acerca del misterio del amor. De pronto, desplegó sus oscuras alas y emprendió vuelo. Pasó como una sombra por la arboleda y como una sombra atravesó el jardín. En el centro de este crecía un hermoso rosal, y al verlo el ruiseñor, voló hacia él y se posó en una ramita.

—Dame una rosa roja —le dijo—, y te cantaré mis más dulces canciones.

Pero el rosal movió la cabeza.

—Mis rosas son blancas —respondió—, tan blancas como la espuma del mar, y más que la nieve de las montañas. Pero ve a ver a mi hermano, que crece junto al viejo reloj de sol, y quizás te dé lo que pides.

El ruiseñor voló hacia el rosal que crecía junto al reloj de sol.

—Dame una rosa roja —le gritó—, y te cantaré mis más dulces canciones.

Pero el rosal movió negativamente la cabeza.

—Mis rosas son amarillas —contestó—, tan amarillas como los cabellos de las sirenas que se sientan en sus troncos de ámbar, y más que el narciso que crece en los prados antes que el segador llegue con su hoz. Pero ve a ver a mi hermano, el que crece debajo de la ventana del estudiante, y tal vez pueda darte lo que buscas.

Entonces el ruiseñor voló hacia el rosal que crecía debajo de la ventana del estudiante.

—Dame una rosa roja —le gritó—, y te cantaré mis más dulces canciones.

Pero el rosal movió la cabeza.

—Mis rosas son rojas —respondió—, tan rojas como las patas de las palomas, y más que los corales que el mar mece en su seno; pero el invierno me ha helado la savia, el frío marchitó mis botones, el huracán desgarró mis ramas, y en todo este año ya no tendré más rosas.

—Solo necesito una rosa roja —exclamó el ruiseñor—, una sola rosa roja. ¿No hay ningún medio para conseguirla?

—Existe uno —repuso el rosal—, pero es tan terrible que no me atrevo a decírtelo.

—Dímelo —le rogó el ruiseñor—. No tengo miedo.

—Si quieres una rosa roja —continuó el rosal—, tienes que hacerla con notas de música, a la luz de la luna, y teñirla con la sangre de tu corazón. Debes cantar para mí con el pecho apoyado contra mis espinas. Cantarás durante toda la noche; las espinas te

atravesarán el corazón, la sangre de tu cuerpo correrá por mis venas y será mía.

—La muerte es un precio muy caro por una rosa roja —repuso el ruiseñor—, y todo el mundo ama la vida. Es muy agradable posarse en el verde bosque y contemplar el sol en su carro de oro y la luna en su esquife de perlas. Dulce es el aroma de los espinos, el de las campanillas que se ocultan en el valle y el del brezo que cubre las colinas. Sin embargo, el amor vale más que la vida, ¿y qué es el corazón de un pajarito comparado con el corazón de un hombre?

El ruiseñor desplegó sus oscuras alas y emprendió el vuelo. Pasó como una sombra por el jardín y como una sombra atravesó la arboleda.

El estudiante permanecía tendido sobre el césped, como él lo dejara, y las lágrimas no se habían secado aún en sus bellos ojos.

—Alégrate —le gritó el ruiseñor—, alégrate, tendrás tu rosa roja; la crearé con música, a la luz de la luna, y la teñiré con la sangre de mi corazón. Solo te pido, en cambio, que continúes siendo un fiel enamorado, porque el amor es más sabio que la filosofía, aunque esta es más sabia y fuerte que el poder, por mucho que el poder lo sea. Sus alas son de color fuego, y de color de llama su cuerpo; sus labios dulces como la miel y su aliento como el incienso.

El estudiante levantó los ojos y escuchó con atención, mas no pudo comprender las palabras del ruiseñor,

porque solo sabía de las cosas que están escritas en los libros.

Pero la encina lo comprendió y se puso muy triste, porque amaba entrañablemente al ave que construyera su nido en sus ramas.

—Cántame la última canción —susurró—. ¡Me sentiré tan triste cuando te hayas ido!

Entonces el ruiseñor cantó para la encina, y su voz fue como la del fresco manantial que brota en la montaña.

Cuando el pajarito hubo terminado, se levantó el estudiante y guardó en el bolsillo su cuaderno de notas y el lápiz.

"El ruiseñor es bello" —se decía mientras se alejaba a través de la alameda—. "No puede negarse, ¿pero es capaz de sentir? Temo que no. Debe ser como muchos artistas: todo estilo y nada de sinceridad. No se sacrificaría nunca por los demás; solo piensa en la música. Y esta, como todas las artes, es egoísta. De todos modos, hay que admitir que su voz posee notas muy bellas. ¡Lástima que estas carezcan de todo sentido y no persigan ningún fin práctico!" —y así diciendo, regresó a su cuarto, se acostó en el jergón y se puso a pensar en su amada. Al cabo de un rato se durmió.

Cuando la luna brilló en el cielo, el ruiseñor voló hacia el rosal y apoyó el pecho contra las espinas. Así cantó durante toda la noche, mientras la fría luna de cristal lo escuchaba y las duras espinas iban penetrando cada vez más en su pecho, y le robaban la sangre de su cuerpo.

Cantó al principio el nacimiento del amor en el corazón de un joven y de una doncella, y en la rama más alta del rosal floreció una bellísima rosa, que crecía a medida que una canción se desgranaba tras otra. Pálida al principio, como la niebla que se cierne sobre el río..., pálida como la mañana y plateada como las alas de la aurora. Como la sombra de una rosa en un espejo de plata, como la sombra de una rosa en un estanque, así era la flor que nació en la más alta rama del rosal.

Pero este le gritó al ruiseñor que se apretase más contra las espinas.

—Apriétate más, pequeño pajarito —le dijo—, o el día llegará antes que la rosa esté terminada.

El pajarito se apretó más contra las espinas, y al llegarle estas al corazón, sintió un cruel dolor en el cuerpo. Y cuanto más agudo era aquel, más maravilloso resultaba su canto, porque cantaba el amor al que la muerte hace sublime..., el amor que no perece en la tumba.

La maravillosa flor se puso roja, como las rosas de Bengala. Rojos eran sus pétalos, y rojo como el rubí su corazón.

Pero la voz del ruiseñor se tornaba cada vez más débil; sus pequeñas alas temblaron, y una nube se extendió ante sus ojos. El canto fue apagándose por momentos, y sintió que alguien le apretaba la garganta.

Entonces surgió de su pecho una última canción. La blanca luna lo oyó, y olvidándose de la aurora, se

detuvo en el cielo. La rosa roja lo oyó, y temblando arrobada, abrió sus pétalos al frío aire de la mañana.

El eco llevó la canción hasta su purpúreo refugio de la montaña, despertando de sus ensueños a los dormidos pastores y a los cañaverales del río, y este a su vez tomó el mensaje y lo llevó hacia el mar.

—¡Mira, mira! —gritó el rosal—. Ya está terminada la rosa —pero el ruiseñor no respondió, porque yacía muerto sobre la sedosa hierba, con el corazón atravesado por las espinas.

A mediodía, el estudiante se asomó a la ventana.

—¡Qué suerte la mía! —exclamó alborozado—. ¡He aquí una rosa roja! Nunca en mi vida he visto una tan bella como esta. Es tan hermosa que con seguridad debe tener en latín un raro nombre —y así diciendo, se inclinó y la cortó. Enseguida se puso el sombrero y corrió a casa del profesor con la rosa en la mano.

La hija del profesor estaba sentada a la puerta, devanando seda azul, y su perrito se hallaba sentado a sus pies.

—Dijiste que bailarías conmigo si te traía una rosa roja —exclamó el estudiante con gozoso tono—. He aquí la más roja del mundo. Esta noche la llevarás junto a tu corazón, y cuando bailemos, podrá decirte lo mucho que te amo.

Pero la joven frunció el ceño.

—Temo que esa rosa no vaya bien con mi vestido —respondió—. Además, el sobrino del chambelán

me ha enviado algunas joyas de verdad, y es sabido que estas cuestan mucho más que las rosas.

—¡A fe mía que eres una ingrata! —exclamó el estudiante con tono colérico. Y arrojó la rosa a la calle, donde un pesado carro la aplastó.

—¿Ingrata? —dijo la joven—. Debo decirte que te conduces como un grosero, y después de todo, ¿qué eres? ¡Solo un estudiante! No creo que jamás puedas llegar a tener hebillas de plata en los zapatos, como el sobrino del chambelán —y levantándose de la silla entró airadamente en su casa.

“¡Qué cosa más tonta es el amor!” —se dijo el estudiante mientras se alejaba—. “No es ni la mitad de útil que la lógica, porque no prueba nada; habla siempre de cosas que no han de suceder y hace creer en otras que no son ciertas. En verdad, no tiene nada de práctico, y como en esta época se debe ser ante todo práctico, volveré a la filosofía y al estudio de la metafísica”.

Así, una vez que estuvo en su cuarto, abrió un polvoriento libro y se puso a leer.

El Príncipe Feliz

En la parte más alta de la ciudad, sobre una elevada columna, se alzaba la estatua del Príncipe Feliz. Estaba cubierta con placas de oro, tenía dos brillantes zafiros a manera de ojos y un gran rubí en la empuñadura de la espada.

El Príncipe Feliz era muy admirado, y las gentes hablaban mucho de él.

—Es tan hermoso como una veleta —comentó uno de los concejales de la ciudad, que quería ganarse la reputación de crítico de arte—, aunque no tan útil —agregó al punto, por temor a que lo tomaran por un hombre poco práctico, cosa que no era en modo alguno.

—¿Por qué no eres como el Príncipe Feliz? —le preguntaba una madre razonable a su hijito, que lloraba pidiendo la luna—. Él nunca pide nada a gritos.

—Me alegra ver que hay en el mundo alguien completamente feliz —decía un hombre desengañado, mientras contemplaba la maravillosa estatua.

—Parece un ángel —decían los niños del hospicio al salir de la catedral, vestidos con sus capitas escarlatas y sus immaculadas chaquetas blancas.

—¿Cómo lo saben, si nunca han visto uno? —exclamó el profesor de Matemáticas.

—¡Oh! ¡Lo hemos visto en sueños! —replicaron los niños, y el profesor de Matemáticas frunció el ceño, y adoptó un aspecto muy severo, porque no le parecía bien que los niños soñaran.

Una noche voló una golondrina sobre la ciudad. Sus amigas habían partido seis semanas antes para Egipto, pero ella se quedó, porque estaba enamorada del más bello de los juncos. Lo había encontrado al comienzo de la primavera, mientras volaba sobre el río persiguiendo a un apetitoso insecto, y se sintió tan atraída por su esbelto talle, que se detuvo a hablarle.

—¿Quieres que te ame? —dijo la golondrina, a quien no le agradaba andarse con rodeos, y el junco le hizo una profunda reverencia. Entonces el ave revoloteó a su alrededor, rozando el agua con sus alas y trazando argentadas estelas. Esa era su manera de hacer la corte, y así transcurrió todo el verano.

—Ese noviazgo es ridículo —murmuraban las otras golondrinas—; el junco es un pobrete y, además, tiene muchos parientes.

Y, en efecto, el río estaba lleno de juncos.

Cuando llegó el otoño, todas las golondrinas emprendieron el vuelo hacia regiones más templadas. Después que se hubieron ido, la golondrina enamorada se sintió muy sola y comenzó a cansarse de su amante.

—No sabe hablar —decía—, y temo que es inconstante, porque siempre coquetea con la brisa.

Y, ciertamente, siempre que soplaba la brisa, el junco hacía sus más graciosas reverencias.

—Admito que le agrade la vida hogareña —decía la golondrina—, pero a mí me gusta viajar, y, en consecuencia, quien desee casarse conmigo, debe sentir amor por los viajes.

—¿Quieres venir conmigo? —le preguntó por último al junco, pero este movió la cabeza, porque estaba muy encariñado con su hogar.

—¡Te has burlado de mí! —exclamó la golondrina—. Me voy a las pirámides. ¡Adiós! —y diciendo esto, emprendió el vuelo.

Voló durante todo el día, y al anochecer llegó a la ciudad.

“¿Dónde encontraré alojamiento?” —se preguntó—. “Supongo que habrán hecho preparativos para recibirme”.

Entonces vio la estatua sobre la elevada columna.

—Me cobijaré allí. El lugar es bonito y hay mucho aire fresco —dijo, y describiendo un círculo, fue a posarse justamente entre los pies del Príncipe Feliz.

“Tengo un bonito dormitorio dorado” —se dijo, mirando a su alrededor mientras hacía los preparativos para dormir, pero cuando iba a meter la cabeza bajo el ala, le cayó encima una gruesa gota de agua.

—¡Qué curioso! —exclamó—. No hay una sola nube en el cielo, las estrellas brillan en todo su esplendor; y sin embargo llueve. Realmente, el clima del norte de

Europa es horrible. Al junco le agrada la lluvia, pero es por puro egoísmo.

Entonces cayó una segunda gota.

—¿Para qué sirve una estatua si no la protege a una de la lluvia? —dijo—. Tendré que buscar una cómoda chimenea donde refugiarme —agregó, y se dispuso a emprender el vuelo.

Pero antes de que pudiera abrir las alas, cayó una tercera gota.

Miró hacia arriba la golondrina y vio.. ¡Ah! Vio que los ojos del Príncipe Feliz estaban llenos de lágrimas, y que estas resbalaban por sus mejillas de oro. Tan bello era su rostro a la luz de la luna, que la golondrina se sintió llena de piedad.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Soy el Príncipe Feliz.

—¿Por qué lloras entonces? —preguntó la golondrina—. Me has mojado.

—Cuando yo estaba vivo, tenía un corazón humano, e ignoraba lo que eran las lágrimas, porque residía en el palacio de la Despreocupación, donde no se le permite entrar al Dolor —respondió el Príncipe Feliz—. Durante el día jugaba con mis compañeros en el jardín, y por la noche presidía los bailes en el gran salón. Alrededor del jardín se alzaba una altísima muralla, pero nunca me preocupé de preguntar qué había al otro lado de ella, pues todo cuanto me rodeaba era hermosísimo. Mis cortesanos me llamaban el Príncipe Feliz,

y en realidad lo era, si es que puede llamarse felicidad al placer. Así viví hasta mi muerte, y ahora me han colocado aquí arriba para que pueda contemplar toda la fealdad y toda la miseria de mi ciudad, y aunque mi corazón es de plomo, no me queda otro remedio que llorar.

"¡Cómo! ¿No es de oro puro?" —dijo para sí la golondrina, pues era demasiado bien educada para hacer alusiones personales molestas en voz alta.

—Muy lejos de aquí —continuó la estatua con voz musical—, muy lejos, en una callejuela, hay una pobrísima vivienda. Una de las ventanas está abierta, y a través de ella puedo ver a una mujer sentada ante una mesa. Su rostro está enflaquecido y ajado, y tiene las manos hinchadas, rojas y llenas de pinchazos de aguja, porque es costurera. Borda pasionarias en un vestido de raso que la más bella de las damas de honor de la reina debe lucir en el próximo baile de la corte. Sobre un jergón, en un ángulo del cuarto, yace su hijito enfermo. Tiene fiebre y pide naranjas, pero su madre no puede darle sino agua del río, y por eso llora. Golondrina, golondrinita, ¿no quieres llevarle el rubí de la empuñadura de mi espada? Mis pies están sujetos a este pedestal y no puedo moverme.

—Me esperan en Egipto —respondió la golondrina—. Mis amigas revolotean por el Nilo y charlan con las grandes flores de loto. Pronto irán a dormir en la tumba del gran rey, el cual se halla allí en un ataúd pintado. Está envuelto en lino amarillo y embalsamado con

especias. En el cuello lleva una cadena de jade verde pálido, y sus manos se asemejan a hojas secas.

—Golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe Feliz—, ¿no quieres quedarte conmigo una noche y ser mi mensajera? ¡Tiene tanta sed el niño y está tan triste la madre!

—No creo que me agraden los niños —respondió la golondrina—. El último verano, cuando vivía yo a la orilla del río, había dos groseros muchachos, hijos de un molinero, que me arrojaban piedras sin cesar. Por cierto, nunca me alcanzaban; nosotras, las golondrinas, volamos muy bien para eso, y además yo pertenezco a una familia célebre por su agilidad, pero, no obstante, aquel proceder de los muchachos era una falta de respeto.

Mas la mirada del Príncipe era tan triste que la golondrina se apiadó de él.

—Hace mucho frío aquí —dijo—, pero me quedaré una noche contigo y seré tu mensajera.

—Gracias, golondrinita —repuso el Príncipe.

Entonces la golondrina arrancó el gran rubí de la espada del Príncipe, y llevándolo en el pico, voló sobre los tejados de la ciudad.

Pasó sobre la torre de la catedral, donde había esculpidos muchos ángeles de mármol blanco. Pasó por el palacio y oyó música. Una bella joven salió al balcón con su novio.

—¡Qué hermosas son las estrellas y cuán admirable es la fuerza del amor! —susurró el joven al oído de su amada.

—Espero que mi traje esté listo para el baile oficial —murmuró ella—; he mandado bordar pasionarias en él, ¡pero las costureras son tan perezosas!

Pasó la golondrina sobre el río y vio las linternas colgadas en los mástiles de los navíos. Pasó sobre el gueto, y divisó a los viejos judíos negociando entre ellos y pesando monedas en balanzas de cobre. Por fin llegó a la casa de la pobre costurera y espió por la ventana abierta. El niño se agitaba febrilmente en su jergón, y la madre, cansada, se había dormido. Entró la golondrina y luego de depositar el hermoso rubí sobre la mesa, junto al dedal de la costurera, revoloteó alrededor del jergón, abanicando la frente del niño con sus alitas.

—¡Qué fresco más agradable siento! —murmuró el enfermito—. Debo estar mejor —y cayó en delicioso sueño.

La golondrina regresó junto al Príncipe Feliz, y le dijo lo que había hecho.

—Es curioso —comentó después—, pero casi siento calor, a pesar de que hace mucho frío.

—Es porque has hecho una buena acción —repuso el Príncipe.

La golondrina se puso a reflexionar y se quedó dormida. Siempre que reflexionaba, concluía por dormirse.

Al amanecer voló hacia el río y tomó un baño.

—¡Qué notable fenómeno! —exclamó el profesor de Ornitología, que pasaba en aquel momento por el puente—. ¡Una golondrina en invierno!

Escribió sobre ese tema una larga carta al periódico local y todo el mundo habló de ella. ¡Estaba tan llena de palabras difíciles y hasta incomprensibles!

"Esta noche me voy a Egipto" —se dijo la golondrina, y la perspectiva del viaje la alegró sobremanera.

Visitó todos los monumentos públicos, y descansó un largo rato sobre la cúspide del campanario de la iglesia. Por todas partes a donde iba, piaban los gorriones y se decían muy admirados unos a otros:

—¡Qué extranjera más distinguida!

Esto llenó de gozo a la golondrina, quien, al salir la luna, volvió junto al Príncipe Feliz.

—¿Tienes algún encargo para Egipto? —le preguntó—. Partiré para allá enseguida.

—Golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, ¿no te quedarás otra noche conmigo?

—Me esperan en Egipto —respondió la golondrina—. Mañana mis amigas volarán hasta la segunda catarata, donde los hipopótamos se ocultan entre los juncos. Allí, en un gran trono de granito, se halla sentado el dios Memnón, que durante la noche acecha a las estrellas. Cuando brilla el lucero, lanza un grito de alegría y luego calla. A mediodía, los amarillos leones se llegan hasta la ribera del río para beber. Sus ojos son como verdes aguamarinas, y sus rugidos, más ensordecedores que los de la catarata.

—Golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, muy lejos, en el otro extremo de la ciudad, veo a un joven

en una buhardilla. Está inclinado sobre una mesa cubierta de papeles, y a su lado hay un vaso lleno de marchitas violetas. Su cabello es castaño y rizado, rojos como el carmín son sus labios, y tiene grandes ojos soñadores. Trata de terminar una obra para el director del teatro, pero hace demasiado frío para seguir escribiendo. No arde el fuego en la chimenea, y el joven desfallece de hambre.

—Me quedaré otra noche contigo —dijo la golondrinita, que tenía muy buen corazón—. ¿He de llevarle otro rubí?

—¡Ay! Ya no tengo más rubíes —dijo el Príncipe—. Todo lo que me queda son los ojos, hechos de raros zafiros que fueron traídos de la India hace diez siglos. Arranca uno de ellos y llévaselo. Lo venderá a un joyero, podrá comprar alimentos y leña para la chimenea, y logrará terminar su obra.

—Querido Príncipe, no me pidas que haga eso —dijo la golondrina, y rompió a llorar.

—¡Golondrina, golondrinita! —exclamó el Príncipe—, haz lo que te ordeno.

Entonces la golondrinita le arrancó uno de los ojos al Príncipe y llevándolo en el pico, voló hacia la buhardilla del joven autor. No encontró dificultades para entrar porque había un agujero en el techo. Pasó por él y entró en el aposento. El joven tenía la cabeza oculta entre las manos, de modo que no oyó el aleteo de la golondrina, y cuando levantó la vista, el hermoso zafiro se hallaba entre las marchitas violetas.

—Comienzan a comprenderme —exclamó—. Esto debe proceder de algún admirador, y ahora ya podré terminar mi obra.

Al día siguiente, la golondrina voló hacia el puerto. Se posó en el mástil de un gran navío y contempló a los marineros que por medio de largos cabos sacaban grandes cajas de las bodegas.

—¡Iza! —gritaban en cuanto una caja quedaba asegurada al extremo de la cuerda.

—¡Me voy a Egipto! —gritó la golondrina, pero nadie le hizo caso, y al salir la luna regresó de nuevo junto al Príncipe Feliz.

—Vine para decirte adiós —le gritó.

—¡Golondrina, golondrinita! —exclamó el Príncipe—, ¿no te quedarás conmigo una noche más?

—Estamos en invierno y pronto llegará la helada nieve —repuso la golondrina—. En Egipto, el sol brilla sobre las verdes palmeras y los cocodrilos duermen entre el barro, mirando perezosamente a su alrededor. Mis compañeras construyen sus nidos en el Templo de Baalbec, y las blancas palomas las observan y se arrullan. Debo abandonarte, querido Príncipe, pero jamás me olvidaré de ti, y en la próxima primavera te traeré hermosas piedras para sustituir a las que regalaste. El rubí será más rojo que una rosa roja, y el zafiro tan azul como el mar.

—Allá abajo, en la plaza —dijo el Príncipe Feliz—, hay una niñita que vende fósforos. Las cajas se le han

caído al arroyo, y se le han estropeado; y su padre la castigaré si no vuelve a casa con algún dinero. Por eso está llorando. No tiene medias ni zapatos, y lleva la cabeza al descubierto. Arráncame el otro ojo y llévaselo; así su padre no le pegará.

—Me quedaré una noche más contigo —respondió la golondrina—, pero no puedo arrancarte el otro ojo porque te dejaría ciego.

—¡Golondrina, golondrinita! —exclamó el Príncipe—, haz lo que te ordeno.

Arrancó entonces la golondrina el otro ojo al Príncipe, y llevándolo en el pico emprendió el vuelo hacia la plaza. Pasó junto a la vendedora de fósforos y le dejó caer el zafiro en la palma de la mano.

—¡Qué bonito trozo de cristal! —exclamó la chiquilla, y regresó a su casa muy contenta.

Entonces la golondrina volvió junto al Príncipe.

—Ahora estás ciego —le dijo—, de manera que me quedaré contigo para siempre.

—No, golondrinita —respondió el pobre Príncipe—, debes irte a Egipto.

—Me quedaré contigo para siempre —replicó la golondrina, y se durmió a los pies del Príncipe.

Al día siguiente se posó sobre el hombro de su amigo y le refirió lo que había visto durante sus viajes por remotas tierras. Le habló de los rojos ibis que en largas filas se sitúan a orillas del Nilo y a picotazos pescan doradas carpas; de la Esfinge, tan vieja como el mundo, que vive

en el desierto y lo sabe todo; de los mercaderes que marchan lentamente junto a sus camellos, llevando cuentas de ámbar en las manos; del rey de las Montañas de la Luna, que es tan negro como el ébano y adora un enorme trozo de cristal; de la gran serpiente verde que duerme en una palmera y a quien veinte sacerdotes alimentan con pasteles de miel, y de los pigmeos que navegan por un gran lago sobre anchas hojas chatas y siempre están guerreando con las mariposas.

—Querida golondrina —dijo el Príncipe—, lo que me cuentas es maravilloso, pero más maravilloso aún es lo que sufren los hombres y las mujeres. No existe misterio más grande que el de la miseria. Vuela sobre mi ciudad, golondrinita, y ven a decime lo que veas.

Voló la golondrina sobre la gran ciudad, y vio a los ricos que se entregaban al festín en sus hermosos palacios, mientras los mendigos estaban sentados a sus puertas. Voló por lóbregas y estrechas callejuelas y observó las pálidas caras de niños hambrientos, que contemplaban con indiferencia las negras calles. Bajo la arcada de un puente yacían dos niños, abrazados uno al otro para darse calor.

—¡Qué hambre tan terrible tenemos! —decían.

—¡No pueden quedarse ahí! —les gritó un guardia, y ambos se alejaron bajo la lluvia.

Volvió entonces la golondrina junto al Príncipe, y le refirió lo que había visto.

—Estoy cubierto de oro fino —repuso aquel—. Arrán-caló hoja a hoja, y dáselo a mis pobres. Los hombres creen siempre que el oro puede traerles la felicidad.

Hoja a hoja arrancó la golondrina el oro, hasta que el Príncipe quedó opaco y gris. Hoja a hoja lo distribuyó entre los pobres; y los niños, con sus caritas de nuevo sonrosadas y felices, rieron y jugaron por las calles.

—¡Ya tenemos pan! —gritaban gozosos.

Entonces llegó la nieve, y después de la nieve, el hielo. Las calles, de tan brillantes, parecían estar cubiertas de plata. Largos carámbanos, semejantes a dagas de cristal, pendían de los aleros de las casas. Todo el mundo iba envuelto en pieles, y los niños, con sus gorritos rojos, patinaban alegremente sobre el hielo.

La pobre golondrina sentía cada vez más frío, pero no quiso abandonar al Príncipe; lo amaba demasiado para ello. Robaba migajas en la puerta del panadero, cuando este no la veía, y trataba de entrar en calor batiendo las alitas, pero al fin comprendió que iba a morir.

Haciendo un gran esfuerzo, logró emprender el vuelo por última vez, y se posó en el hombro del Príncipe Feliz.

—¡Adiós, querido Príncipe! —murmuró—. ¿Me permites que te bese la mano?

—Me alegro mucho de que por fin partas para Egipto, golondrinita —dijo el Príncipe—. Te quedaste demasiado tiempo aquí. Pero debes besarme en los labios, porque te amo.

—No voy a Egipto —repuso la golondrina—. Voy a la morada de la Muerte. La Muerte es hermana del Sueño, ¿verdad? —y después de besar al Príncipe en los labios, cayó muerta a sus pies.

En el mismo momento sonó un extraño crujido en el interior de la estatua, como si algo se hubiese roto. Y era que el corazón de plomo acababa de partirse en dos. Verdaderamente hacía un frío terrible.

A la mañana siguiente, muy temprano, el alcalde se paseaba por la plaza en compañía de los concejales. Al pasar junto a la columna levantó la vista hacia la estatua.

—¡Dios mío! —exclamó—, ¡qué andrajoso está el Príncipe Feliz!

—¡En efecto, está muy andrajoso! —exclamaron los concejales, que siempre estaban de acuerdo con lo que decía el alcalde; y en el acto decidieron subir al pedestal para examinar la estatua más de cerca.

—El rubí de la espada se ha caído, ya no tiene ojos ni es dorado —comentó el alcalde—. En realidad, se ha convertido en un verdadero mendigo.

—¡Se ha convertido en un verdadero mendigo! —repitieron a coro los concejales.

—¡Y tiene a sus pies un pájaro muerto! —exclamó el alcalde—. Habrá que promulgar un bando por el cual se prohíba a los pájaros morirse aquí.

Y el secretario tomó debida nota de aquella idea.

Entonces se ordenó derribar la estatua del Príncipe Feliz.

—¡Puesto que no es bella, para nada sirve! —dictaminó el profesor de Estética de la universidad.

Entonces se fundió la estatua en un horno y el alcalde reunió al Concejo para decidir lo que había de hacerse con el metal.

—Debemos colocar otra estatua en el pedestal —dijo—, y será la mía.

—¡No, la mía! —exclamó cada uno de los concejales, y comenzaron a discutir sin que lograran ponerse de acuerdo.

—¡Qué cosa más rara! —exclamó el capataz de la fundición—. Este corazón de plomo no quiere fundirse. Habrá que desecharlo por inservible.

Y lo arrojaron a un montón de basura donde también estaba la golondrina muerta.

—Tráeme las dos cosas más preciosas de la ciudad —le dijo Dios a uno de sus ángeles.

Y el ángel le llevó el corazón de plomo y el pájaro muerto.

—Has elegido bien —dijo Dios—. En mi jardín del Paraíso esta ave cantará eternamente, y en mi ciudad de oro, el Príncipe Feliz alabará mi nombre.

El gigante egoísta

Todas las tardes, al regresar de la escuela, los niños acostumbraban a jugar en el jardín del gigante.

Era un hermosísimo jardín y se hallaba cubierto de suave hierba. Aquí y allí se veían bellas flores, y había además doce melocotoneros que en primavera se cubrían de rosados botones y en otoño daban sabrosos y grandes frutos.

Los pájaros, posados en las ramas de los árboles, cantaban con voz tan dulce que los niños solían interrumpir sus juegos para escucharlos.

—¡Cuán dichosos somos aquí! —se decían unos a otros.

Pero un día regresó el gigante. Había ido a visitar a su amigo, el ogro Cournalles, con quien vivió siete años. Al cabo de ese tiempo dijo todo lo que tenía que decir, pues su conversación era limitada, y decidió volver a su castillo. Al llegar, vio a los niños que jugaban en el jardín.

—¿Qué hacen aquí? —les gritó con ronca voz, y los niños huyeron atemorizados—. El jardín es mío —dijo el gigante—; todos deben comprenderlo así, y no he de permitir que nadie, sino yo, se recree en él.

Entonces construyó un elevado muro a su alrededor y colocó un gran cartel que decía:

Los intrusos se atenderán
a las penalidades legales correspondientes

Aquel gigante era una persona muy egoísta.

Los pobres niños se quedaron sin lugar de recreo. Intentaron jugar en la carretera, pero allí había mucho polvo y muchos guijarros, y no les agradaba.

A veces, al salir de la escuela, se paseaban a lo largo de los elevados muros para hablar del hermoso jardín que había del otro lado.

—¡Cuán felices éramos aquí! —se decían unos a otros con triste voz.

Entonces llegó la primavera, y toda la región se vio colmada de pajaritos y flores. Solo en el jardín del gigante egoísta continuaba siendo invierno. Los pájaros no querían cantar allí porque no había niños, y las plantas se olvidaron de florecer.

Una vez, una bella flor asomó por entre la hierba, pero al ver el cartel sintió tal tristeza, que se inclinó hacia la tierra, y se volvió a dormir.

Los únicos que se alegraron fueron la Nieve y el Hielo.

—La primavera se ha olvidado de este jardín —dijeron—, de modo que podremos vivir en él todo el año.

La Nieve cubrió la hierba con su blanco manto, y el Hielo pintó de plata todos los árboles. Poco después invitaron al Viento Norte a pasar una temporada con ellos, y este aceptó.

Llegó envuelto en gruesas pieles, y durante todo el día bramaba en el jardín, y concluyó por derribar las chimeneas del castillo.

—Este es un sitio delicioso —dijo—; debemos pedirle al Granizo que venga a visitarnos.

Y el Granizo aceptó la invitación.

Todos los días, durante tres horas, tamborileaba sobre el techo del castillo, hasta que rompió la mayor parte de las tejas. Entonces se puso a correr por el jardín, lo más aprisa que pudo. Vestía de gris, y su aliento era helado.

“No acierto a explicarme por qué la primavera tarda tanto en venir” —se decía el gigante egoísta mientras, sentado junto a la ventana, contemplaba su frío y blanco jardín—. “Espero que el tiempo mejore pronto”.

Pero la Primavera nunca llegaba, y el Verano tampoco. El Otoño llevó dorados frutos a todos los jardines, pero al del gigante no le dio ninguno.

—Es demasiado egoísta —dijo.

Así, pues, siempre era invierno en el jardín del gigante, y el Viento Norte, el Granizo, el Hielo y la Nieve, danzaban alegremente entre los árboles.

Una mañana, mientras el gigante yacía despierto en el lecho, oyó una deliciosa música. Sonó con tanta dulzura en sus oídos, que le pareció que los músicos del rey pasaban por allí.

En realidad era solo un jilguero que cantaba junto a su ventana, mas hacía tanto tiempo que no oía el canto

de los pajaritos en el jardín, que le pareció escuchar la más bella música del mundo.

De pronto, el Granizo dejó de golpetear sobre el tejado, el Viento Norte no rugió más en el desolado jardín, y un delicioso perfume, penetrando por la abierta ventana, se esparció por todo el dormitorio del gigante.

—¡Por fin ha llegado la primavera! —exclamó este con alborozado tono, y corrió a asomarse a la ventana. ¿Qué vio desde allí?

Pues un hermosísimo espectáculo. A través de una pequeña brecha del muro, los niños habían penetrado en el jardín y en aquellos momentos se columpiaban en las ramas de los árboles. En cada árbol había un chiquillo, y aquellos se sentían tan dichosos de ver otra vez a sus amiguitos, que se habían cubierto al instante de flores, y mecían suavemente su follaje sobre las cabecitas de los pequeñuelos.

Los pájaros cruzaban el aire en todos los sentidos, cantando sus más alegres canciones, y las más bellas flores asomaban sus multicolores pétalos por entre la verde hierba.

Era un precioso espectáculo; pero en un rincón —en lo más apartado del jardín— seguía siendo invierno.

El pobre árbol se hallaba aún cubierto de Hielo y de Nieve, y el Viento Norte soplaba y rugía en torno a él.

—¡Sube, sube, pequeño! —decía el pobre árbol inclinando sus ramas todo lo posible, pero el niño era demasiado chico para alcanzarlas.

El gigante se enterneció al ver aquello.

—¡Qué egoísta he sido! —exclamó—. Ahora sé por qué la primavera no quiso venir a mi jardín. Colocaré a ese pequeño en la copa del árbol y enseguida he de demoler el muro. Quiero que, de ahora en adelante, mi jardín sea siempre un lugar de recreo para los niños.

El gigante estaba muy arrepentido de su conducta, y sin vacilar un momento descendió por la escalera, abrió suavemente la puerta y salió al jardín. Pero cuando los niños lo vieron, se sintieron tan atemorizados que huyeron al instante, y el invierno reinó de nuevo en el jardín. Solo el más pequeño no escapó, porque tenía los ojos tan llenos de lágrimas que no vio llegar al gigante.

Este se deslizó hasta él, lo tomó con gran suavidad entre sus brazos y lo depositó en la copa del árbol, que inmediatamente floreció.

Los pájaros vinieron a posarse y a cantar en él, y el pequeño extendió sus brazos, rodeó con ellos el cuello del gigante y lo besó.

Y los otros niños, al ver que el gigante ya no era malo, regresaron en tropel, y la primavera los acompañó.

—Este jardín es para ustedes, pequeños —dijo el gigante y, tomando un enorme pico, derribó los elevados muros.

Cuando los vecinos fueron al mercado a mediodía, hallaron al gigante jugando con los niños en el más bello jardín que jamás vieran.

Estuvieron jugando todo el día, y al anochecer fueron a despedirse del gigante.

—¿Dónde está el niño..., aquel que no podía trepar al árbol? —preguntó el gigante.

A él era a quien más quería el gigante, porque lo había abrazado y besado.

—No lo sabemos —contestaron los niños—, se marchó y no lo hemos vuelto a ver.

—Deben decirle que venga mañana sin falta —dijo el gigante, pero los niños respondieron que ignoraban dónde vivía y que nunca antes lo habían visto.

El gigante se quedó muy triste. Todas las tardes, a la salida de la escuela, los niños iban a jugar en su jardín, pero el pequeñuelo a quien él tanto quería, nunca más volvió a aparecer. El gigante era muy bondadoso con todos sus amiguitos, pero echaba mucho de menos a aquel, y hablaba con frecuencia de él.

—¡Cuánto me agradaría verlo! —solía decir.

Los años pasaron; el gigante envejeció y fue debilitándose. Ya no podía participar en los juegos, de modo que pasaba los días sentado en un sillón, contemplando a los niños y admirando su jardín.

—Tengo muchas y hermosas flores —decía—, pero los niños son las más bellas de todas.

Una mañana de diciembre miró por la ventana mientras se iba vistiendo. No odiaba el invierno ahora, porque sabía que era el sueño de la primavera y el reposo de las flores.

De pronto se frotó los ojos, asombrado, y miró con gran atención. Era, en verdad, un espectáculo maravilloso el que se presentó ante su vista. En el más lejano rincón del jardín había un árbol casi cubierto de blancas flores. Sus ramas eran doradas, y apetitosas frutas pendían de ellas. Bajo aquel árbol se hallaba el pequeñuelo a quien él tanto amaba.

En el colmo de la alegría, se precipitó el gigante escaleras abajo y salió al jardín. Atravesó corriendo la hierba y se aproximó al niño. Cuando estuvo junto a él, su rostro enrojeció de cólera, y preguntó:

—¿Quién se ha atrevido a herirte?

Porque en la palma de las manos del niño y en sus piecitos se advertían las sangrientas huellas de clavos.

—¿Quién se ha atrevido a herirte? —gritó el gigante—. Dímelo pronto. Iré por mi espada y lo mataré.

—No, no —respondió el niño—. Estas son las heridas del Amor.

—¿Quién eres tú? —preguntó el gigante, y sintiéndose invadido por un respetuoso temor, se arrodilló a los pies del pequeñuelo.

Este sonrió y le dijo:

—Tú me dejaste jugar una vez en tu jardín. Hoy vendrás conmigo al mío, que es el Paraíso.

Y cuando los niños llegaron aquella tarde, encontraron al gigante muerto, tendido en el suelo, bajo el árbol, y cubierto con blancas flores.

El joven rey

Aquella noche, la víspera del día fijado para su coronación, el joven rey se hallaba solo en su espléndida cámara. Los cortesanos, después de despedirse con grandes reverencias, de acuerdo con las ceremoniosas costumbres de la época, se habían dirigido al Gran Salón del palacio para recibir las últimas lecciones del profesor de etiqueta, pues entre ellos había algunos que todavía tenían modales naturales, cosa que, huelga decir, es una falta muy grave en un cortesano.

El adolescente —apenas tendría unos dieciséis años— no lamentó la partida de los cortesanos. Con un profundo suspiro de alivio se dejó caer sobre los suaves cojines de su bordado diván y permaneció inmóvil, con la mirada perdida y la boca abierta como un fauno de la pradera o como el cachorro de alguna fiera del bosque recién atrapado por los cazadores.

Y, en realidad, eran estos quienes lo habían encontrado, poco menos que por casualidad, cuando, semi-desnudo y con una flauta en la mano, seguía el rebaño del pobre cabrero que lo educara, y a quien siempre consideró como su padre. Fruto del matrimonio secreto de la única hija del viejo rey con un hombre de

humilde cuna —un extranjero, decían algunos, que había enamorado a la princesa con la magia maravillosa de su arte en tañer el laúd; y según otros, un artista de Rímini, a quien la princesa hiciera objeto de muchos agasajos, quizás demasiados, y que desapareció súbitamente de la ciudad, sin terminar su obra en la catedral— fue arrebatado, cuando apenas contaba una semana de edad, del lado de su madre, mientras ella dormía, y entregado a un campesino pobre y a su esposa, que no tenían hijos y vivían en un alejado rincón del bosque, a más de un día de viaje de la ciudad.

El dolor o la peste, según el médico de la corte, o de un activo veneno italiano servido en una copa de aromático vino, según otros, causó la muerte de la blanca princesa que le diera el ser a una hora escasa de su despertar; y cuando el fiel mensajero, que conducía al niño atravesado en la silla, bajaba de su fatigado caballo para llamar a la puerta de la choza del cabrero, el cadáver de la princesa descendía a la tumba en donde, al decir de la gente, se hallaba ya otro cadáver..., el de un joven extranjero de singular hermosura, con las manos atadas por detrás de la espalda y el pecho cosido a puñaladas.

Tal era, por lo menos, la historia que se susurraba en secreto, y por cierto que el viejo rey, en su lecho de muerte, ya fuera porque sintiese remordimiento por el horrible pecado cometido o simplemente porque

deseara que el reino continuase siendo gobernado por sus descendientes, ordenó buscar al muchacho y, en presencia del Consejo de la Corona, lo reconoció como su heredero.

Y, al parecer, desde el mismo instante en que fue reconocido, el joven dio muestras de aquella extraña pasión por la belleza, que estaba destinada a tener una influencia tan grande en su vida. Aquellos que lo acompañaron a las habitaciones dispuestas para su uso particular, a menudo hablaban del grito de placer que se le escapó de los labios al ver las espléndidas vestiduras y las hermosas joyas preparadas para él, y de la alegría casi feroz con que se arrancó la basta túnica de cuero y su tosco manto de piel de oveja. Es cierto que a veces añoraba la libertad de la vida del bosque, y siempre lo aburrían las solemnes ceremonias de la corte, que le ocupaban la mayor parte del día, pero el maravilloso palacio al que llamaban *Joyeuse*, y del cual era ahora amo y señor, le parecía un mundo nuevo, creado solo para su deleite, y tan pronto como podía huir de las reuniones del Consejo o de la sala de audiencias, descendía corriendo por la gran escalinata, con sus leones de bronce dorado y sus peldaños de brillante pórfito, para vagar de aposento en aposento y de corredor en corredor, como aquel que busca en la belleza un calmante contra el dolor o un remedio para alguna enfermedad.

En esos viajes de descubrimiento, según los llamaba él —y por cierto que eran verdaderos viajes a través de comarcas de ensueño—, iba a veces acompañado por los esbeltos y rubios pajes de la corte, con sus flotantes mantos y sus vestiduras de alegres colores; pero más a menudo iba solo, porque un vivo instinto, que casi era adivinación, lo hacía comprender que los secretos del arte se aprenden mejor en la soledad, y que la Belleza, como la Sabiduría, aman al adorador solitario.

Muchas y extrañas historias se relataban de él en ese período de su vida. Se decía que un gordo burgo-maestre, que llegara con el propósito de pronunciar un pomposo discurso en representación de los habitantes de la ciudad, lo había visto arrodillado, en actitud de adoración, ante un hermoso cuadro que acababan de traer de Venecia, lo cual parecía anunciar el culto de dioses nuevos. En otra ocasión desapareció durante varias horas, y, después de una prolongada búsqueda, se le sorprendió en una pequeña cámara situada en una de las torrecitas del ala norte del palacio, contemplando con éxtasis una joya griega en la cual estaba tallada la figura de Adonis.

Se le había visto, según otros, besando apasionadamente la frente de mármol de una antigua estatua que fuera descubierta en el lecho del río al construir el puente de piedra, y que tenía grabado el nombre del esclavo bitinio Adriano. También se decía que, en

una oportunidad, pasó toda una noche observando el efecto de la luz de la luna en una imagen de plata de Endimión.

Todos los materiales raros y preciosos lo fascinaban, y en su ansiedad por obtenerlos, envió muchos mercaderes a países lejanos; unos a comprar ámbar a los rudos pescadores de los mares del norte; otros a Egipto, en busca de esa rara turquesa verde que solo se encuentra en las tumbas reales y que, según dicen, posee propiedades mágicas; otros más a Persia, en busca de alfombras de seda y de alfarería pintada, y otros, en fin, a la India, a comprar gasa y marfil teñido, brazaletes de jade y madera de sándalo, esmalte azul y mantos de finísima lana.

Pero lo que más le preocupaba era el traje que debía lucir en la ceremonia de la coronación: el manto de tisú de oro, la corona guarnecida de rubíes y el cetro adornado con perlas. En verdad, en eso pensaba aquella noche, mientras permanecía reclinado en un rico diván contemplando los grandes troncos que ardían en la chimenea del aposento. Los diseños, obra de los más famosos artistas de la época, habían sido sometidos a su aprobación muchos meses antes, y él dio órdenes para que los artífices trabajasen día y noche hasta terminarlos y para que se registrase la tierra entera en busca de gemas dignas del trabajo de aquellos. Con la imaginación se veía ya de pie ante el altar de la catedral, ataviado con sus regias vestiduras, y una sonrisa

jugueteaba en sus labios infantiles, iluminando con extraño brillo sus oscuros ojos.

Al cabo de un rato se levantó de su asiento, se recostó contra la tallada chimenea y dejó pasear la vista por la habitación, iluminada por una tenue luz. En las paredes había ricos tapices que representaban el Triunfo de la Belleza. Un gran armario, taraceado con ágata y lapislázuli, ocupaba uno de los rincones, y frente a la amplia ventana había un arcón curiosamente esculpido, con paneles de laca y oro, sobre los cuales se veían hermosas copas de cristal de Venecia y una taza de ónix con extrañas vetas oscuras. En la colcha de seda del lecho real había bordadas pálidas amapolas, como si hubiesen caído de las lánguidas manos del durmiente, y altas columnas de marfil tallado sostenían el dosel de terciopelo, del cual subían, como blanquísima espuma, grandes penachos de plumas de avestruz que llegaban hasta la bruñida superficie plateada del techo. Un sonriente Narciso de bronce verde sostenía un bruñido espejo sobre la cabeza, y en la mesa había un amplio tazón de amatista.

Afuera podía ver la enorme cúpula de la catedral, que se erguía como una aguja gigantesca sobre las sombrías casas, y a los centinelas pasearse con aire de aburrimiento de un lado a otro por la terraza próxima al río. Más lejos, en un huerto, cantaba un ruiseñor. Un tenue perfume de jazmines penetraba por la ventana abierta.

Echó hacia atrás los enmarañados bucles de su dorada cabellera y, tomando un laúd, dejó vagar sus dedos por las cuerdas. Sus párpados cayeron, y una extraña languidez se apoderó de él. Nunca hasta entonces había sentido tan agudamente, o con tan exquisita alegría, la magia y el misterio embriagador de las cosas bellas.

Cuando el reloj de la torre dio la medianoche, tocó una campanita e inmediatamente entraron sus pajes, quienes luego de desvestirlo con mucha ceremonia, derramaron agua de rosas en sus manos y esparcieron flores sobre su almohada. Poco después de haber salido los pajes, el joven rey dormía.

Y mientras dormía tuvo un sueño, que fue este:

Creyó hallarse en un largo desván, muy bajo de techo, entre el zumbido y el repiqueteo de muchos telares. La luz del día apenas penetraba por las enrejadas ventanas, mostrándole las flacas figuras de los obreros, encorvados sobre sus bastidores. Niños pálidos y de enfermizo aspecto se agazapaban bajo los enormes travesaños, y cuando las lanzaderas corrían velozmente entre la urdimbre, levantaban los pesados bastidores; al detenerse aquellas dejaban caer estos y apretaban los hilos. Sus facciones estaban contraídas por el hambre, y sus manecitas temblaban y se estremecían. Unas mujeres demacradas se hallaban sentadas alrededor de una mesa, tejiendo. Un horrible olor llenaba el lugar. El aire era pestilente y pesado, y los muros chorreaban agua.

El joven rey se aproximó a uno de los tejedores y lo contempló en silencio. El obrero lo miró con fastidio y preguntó:

—¿Por qué me miras? ¿Eres un espía enviado por el amo?

—¿Quién es tu amo? —preguntó el rey.

—¡Nuestro amo! —exclamó el tejedor con amargo tono—. Es un hombre como yo, pero existen grandes diferencias entre los dos: él lleva buenas ropas y yo, harapos; mientras sufro hambre, él padece por exceso de alimentación.

—El país es libre —respondió el joven rey—, y tú no eres esclavo de nadie.

—En la guerra —replicó el tejedor—, el fuerte hace del débil un esclavo y en la paz, el rico esclaviza al pobre. Tenemos que trabajar para comer, y nos dan salarios tan miserables que nos morimos de hambre. Trabajamos todo el día, y ellos amontonan el oro en sus arcas, mientras nuestros niños se marchitan antes de tiempo y los semblantes de aquellos a quienes amamos se vuelven agrios y duros. Nosotros pisamos las uvas, y otros se beben el vino. Sembramos el trigo y en nuestra mesa no hay pan. Arrastramos cadenas, aunque nadie las ve, y somos esclavos aunque los hombres nos llamen libres.

—¿Y ocurre así con todos? —preguntó el rey.

—Así ocurre con todos —repuso el tejedor—, con los jóvenes y con los viejos; con las mujeres y con los

hombres; con los niños y con aquellos que peinan canas. Los mercaderes nos oprimen, y debemos hacer su voluntad. El sacerdote repasa las cuentas de su rosario, y nadie se ocupa de nosotros. A través de nuestras lóbregas callejuelas, se arrastra la Pobreza con ojos hambrientos, y el Pecado con repugnante cara lo sigue de cerca. La Miseria nos despierta por la mañana, y la Vergüenza nos acompaña por la noche. Pero, ¿qué te importa a ti esto? No eres de los nuestros..., tu rostro es demasiado feliz.

Le volvió la espalda gruñendo, y arrojó la lanzadera entre la urdimbre. El joven rey vio que tejía con hilos de oro.

El terror se apoderó de él y preguntó al tejedor:

—¿Qué vestidura estás tejiendo?

—Es el manto para la coronación del joven rey —repuso el obrero—. Pero a ti que más te da.

El joven rey lanzó un grito y, despertándose en el acto, descubrió que se hallaba en su propia cámara. A través de la ventana, vio la enorme luna de color miel suspendida en el oscuro cielo.

Se durmió de nuevo y tuvo un sueño, que fue este:

Creyó encontrarse en la cubierta de una enorme galera que navegaba impulsada por los remos de cien galeotes. Sobre una alfombra, junto a él, se hallaba sentado el capitán de la nave. Era negro como el ébano y llevaba un turbante de seda escarlata. Grandes

aros de plata le pendían de los gruesos lóbulos de las orejas, y en las manos tenía una balanza de marfil.

Los galeotes cubrían sus cuerpos tan solo con un paño atado a la cintura, y cada uno se hallaba encadenado a su vecino. El cálido y brillante sol caía a plomo sobre ellos, y gigantescos negros se paseaban de un extremo a otro de la nave, azotándolos con látigos de cuero. Los esclavos movían los brazos y empujaban los remos hendiendo el agua, y haciendo saltar de esta una salobre espuma.

Por fin llegaron a una pequeña bahía, y comenzaron a sondear. Una suave brisa soplaba desde tierra, cubriendo con un fino polvillo rojo el maderamen y la gran vela latina. Tres árabes montados en asnos salvajes aparecieron en la playa y les arrojaron filosas lanzas. El capitán de la galera se apoderó de un pintado arco, y la flecha que de él partió fue a herir en la garganta a uno de los atacantes, que cayó pesadamente en la arena, mientras sus compañeros huían al galope. Una mujer envuelta en un velo amarillo los seguía en un camello y, de tanto en tanto, viraba la cabeza para contemplar al muerto.

Tan pronto como echaron anclas y arriaron la vela, los negros bajaron a la cala y volvieron con una larga escala de cuerda lastrada con plomo. El capitán de la galera la arrojó al mar, después de haber asegurado su extremo a dos puntales de hierro. Enseguida, los negros asieron al más joven de los esclavos, le quitaron

los grillos, le taparon la nariz y orejas con cera y le ataron una gran piedra a la cintura. Con aire fatigado descendió el esclavo por la escala y desapareció en el seno del mar. Unas cuantas burbujas se produjeron en el lugar donde se sumergió. Algunos de los esclavos miraban con curiosidad hacia el agua, mientras en la proa de la galera, un encantador de tiburones tocaba en forma monótona el tambor para alejar a esos peligrosos peces.

Al cabo de algunos instantes, el buzo emergió del agua y trepó jadeando por la escala, con una perla en la mano derecha. Los negros se la arrebataron y lo arrojaron de nuevo al agua. Los esclavos se durmieron sobre sus remos.

Una y otra vez descendió y subió el joven esclavo, y siempre llevaba en la mano una hermosa perla. El capitán de la galera, después de pesarlas en la balanza, las guardaba en un saquito de cuero verde.

El joven rey deseaba hablar, pero su lengua parecía como adherida al paladar y sus labios se negaban a moverse. Los negros, charlando entre sí, comenzaron a pelearse por una sarta de brillantes cuentas. Dos grullas volaban continuamente junto a la nave.

Por fin, el buzo emergió del mar por última vez, y la perla que trajo excedía en belleza a todas las de Omuz, porque tenía forma de luna llena y era más blanca que la estrella matutina. Pero el esclavo estaba muy pálido, y cuando cayó sobre cubierta, la sangre le brotó

de la nariz y las orejas. Se agitó por algunos breves instantes, y luego, de pronto, quedó inmóvil. Los negros se encogieron de hombros y arrojaron el cadáver al mar.

El capitán de la galera se echó a reír y tomó la perla. Cuando la hubo contemplado, la oprimió contra su frente e hizo una gran reverencia.

—Será para el cetro del nuevo rey —dijo, y con una seña ordenó a los negros que levaran anclas.

Cuando el joven rey oyó eso lanzó un fuerte grito y despertó.

A través de la ventana vio los largos dedos de la aurora que atrapaban las estrellas que se iban apagando..

Se quedó dormido de nuevo, y tuvo un sueño, que fue este:

Creyó estar vagando por un oscuro bosque, lleno de exóticas frutas y bellísimas pero venenosas flores. Las víboras silbaban a su paso, y los loros de vivos colores chillaban, volando de rama en rama. Enormes tortugas domían sobre el lodo caliente. Los árboles estaban llenos de monos y pavos reales.

Caminó hasta llegar a la linde del bosque, y allí vio a una inmensa multitud de hombres que trabajaban en el lecho de un río seco ya. Se movían como laboriosas hormigas, y cavaban grandes fosas en las que desaparecían. Algunos rompían las rocas con grandes picos, y otros juntaban arena. Arrancaban de raíz los cactus

y pisoteaban las flores color escarlata. Iban de un lado a otro con gran prisa, dando fuertes voces, y ninguno permanecía ocioso.

Desde la boca de una sombría caverna, la Muerte y la Avaricia los contemplaban, y, de pronto, la Muerte dijo:

—Estoy cansada, dame la tercera parte de ellos y déjame ir.

—No te daré nada —replicó la Avaricia, moviendo la cabeza—. Esos hombres son mis siervos.

—¿Qué tienes en la mano? —le preguntó entonces la Muerte.

—Tres granos de trigo —repuso la Avaricia—. ¿Qué te importa?

—Dame uno para plantarlo en mi jardín —rogó la Muerte—. Dame uno solo de ellos y me iré.

—No te daré nada —replicó la Avaricia, y ocultó la mano entre los pliegues de su túnica.

La Muerte lanzó una carcajada, tomó una taza en la mano, y la sumergió en una charca. De la taza surgió la Fiebre Palúdica. Atravesó por entre la enorme multitud, y una tercera parte de aquellos hombres cayeron muertos al suelo. Una helada niebla la seguía, y las serpientes acuáticas, a modo de escolta, corrían a su lado.

Cuando la Avaricia vio que morían tantos hombres, se golpeó el pecho y lloró amargamente.

—¡Has matado la tercera parte de mis siervos! —gritó—. ¡Vete, vete! Hay guerra en los montes de Tartaria,

y los reyes de cada país enemigo te llaman. Los afganos ya sacrificaron el buey negro, y marchan a la guerra. Baten sus escudos con las lanzas y se han puesto sus yelmos de hierro. ¿Qué hay en mi valle para que en él te detengas? ¡Vete de aquí y no vuelvas más!

—No me iré mientras no me des el grano de trigo —replicó la Muerte.

Pero la Avaricia cerró la mano y apretó los dientes.

—No te daré nada —gruñó.

La Muerte lanzó una carcajada, tomó un negro guijarro y lo arrojó al bosque. De un macizo de cicutas brotó la Fiebre Amarilla con su ropaje de llamas. Atravesó la multitud, y cada uno de los hombres a quien tocó, cayó muerto al instante. La hierba que hollaba, se secaba al momento.

La Avaricia se estremeció y se echó ceniza en la cabeza.

—¡Eres cruel! ¡Eres cruel! —exclamó—. ¡Hay hambre en las amuralladas ciudades de la India y las cisternas de Samarcanda están secas! ¡Hay hambre en las amuralladas ciudades de Egipto, y las langostas ya llegaron al desierto! ¡El Nilo no se ha desbordado, y los sacerdotes maldicen a Isis y a Osiris! ¡Vete con aquellos que te necesitan y déjame mis siervos!

—No —respondió la Muerte—, no me iré mientras no me des un grano de trigo.

—No te daré nada —replicó la Avaricia.

La Muerte rió de nuevo, y llevándose los dedos a la boca, lanzó un penetrante silbido. Una mujer, con el nombre de Peste escrito en la frente, apareció volando, acompañada por una multitud de buitres. Cubrió el valle con sus alas, y ningún hombre quedó vivo.

La Avaricia huyó gritando a través del bosque. La Muerte montó en su rojo caballo y partió a todo galope. Y el galope del animal era más veloz que el viento.

Y del lodo que había en el fondo del valle surgieron dragones y horribles seres con escamas. Los chacales aparecieron trotando por la arena y olfatearon el aire.

El joven rey se echó a llorar y preguntó:

—¿Quiénes eran estos hombres y qué buscaban?

—Rubíes para la corona de un rey —respondió alguien que estaba detrás de él.

Sobresaltado, volvió la cabeza y vio a un hombre vestido de peregrino con un bruñido espejo de plata en la mano. Palideciendo, preguntó:

—¿Para qué rey?

—Mira en este espejo y lo sabrás —repuso el peregrino.

El joven miró en el espejo y, al ver su propio rostro, lanzó un fuerte grito y despertó. La brillante luz del sol entraba a raudales en su cámara, y en los árboles del jardín cantaban alegres los pajaritos.

El chambelán y los altos dignatarios del Estado entraron y le rindieron pleitesía. Los pajes le llevaron la

túnica de tisú y de oro, y colocaron delante de él la corona y el cetro.

El joven rey los contempló y vio que eran muy bellos..., más que cuanto viera hasta entonces. Pero recordó sus sueños y dijo a sus cortesanos:

—Llévense estas cosas de aquí porque no he de usarlas.

Los cortesanos se asombraron y algunos de ellos rieron, pues creían que su señor bromeaba.

Pero él les habló, de nuevo, con severo tono, y dijo:

—Llévense esas cosas y ocúltenlas lejos de aquí. Aunque sea el día de mi coronación, no las usaré, porque en el telar de la desgracia y por las blancas manos del dolor se ha tejido mi manto. Hay sangre en el corazón del rubí y muerte en el de la perla —y les contó sus tres sueños.

Cuando hubo terminado de hablar, los cortesanos se miraron unos a otros y murmuraron:

—Sin duda está loco, porque ¿no son sueños los sueños y visiones las visiones? No son cosas reales sino fantasías a las que no se debe hacer caso. Y, además, ¿qué tenemos que ver con las vidas de los que trabajan para nosotros? ¿No ha de comer pan el hombre mientras no haya visto que lo come el sembrador, ni beber vino mientras no vea que lo bebe el viñador?

El chambelán le habló al joven rey y le dijo:

—Majestad, le ruego que deseche esos negros pensamientos. Vístase con este hermoso manto y póngase

la corona, porque ¿cómo sabrá el pueblo que es el rey si no lleva los atributos de su investidura?

El joven rey se quedó mirándolo y le preguntó:

—¿Es cierto lo que me dices? ¿No sabrán que soy el rey si no llevo las vestiduras de rey?

—No, no lo conocerán, Majestad —dijo el chambelán.

—Creí que había hombres que tenían aire de reyes —replicó el joven—, pero tal vez sea verdad lo que dices. Sin embargo, no me pondré ese manto ni me coronaré con esa corona. He de salir de palacio tal como entré en él.

Ordenó a todos que se fueran, excepto a un pajecito que siempre lo acompañaba, y que era un año más joven que él. Lo retuvo para su servicio, y luego de bañarse en agua clara, abrió un gran arcón pintado, y extrajo la túnica de cuero y el tosco manto de piel de oveja que usara cuando en las laderas de las colinas cuidaba las ariscas cabras del pastor. Se puso la túnica y el rústico manto, y tomó en la mano el nudoso cayado del pastor.

El pajecito abrió asombrado sus grandes ojos azules, y, sonriendo, le dijo:

—Majestad, veo su túnica y su cetro, mas, ¿dónde está la corona?

El joven rey arrancó una rama de espino que trepaba por el balcón, la dobló e hizo con ella un cerco que se colocó en la cabeza.

—Esta será mi corona —respondió, y con ese atavío pasó de su cámara al Gran Salón, donde los nobles lo aguardaban.

Se burlaron estos y hubo quienes gritaron:

—Majestad, el pueblo espera a su rey, y usted quiere mostrarles un mendigo.

Otros, irritados, exclamaron:

—Trae la vergüenza al Estado y es indigno de ser nuestro señor.

Pero él siguió adelante sin responderles, y descendiendo por la brillante escalera de pórfito, salió por las puertas de bronce. Montó en su caballo y fue hacia la catedral, seguido por el paje, que galopaba detrás de él.

La gente se reía y gritaba:

—¡Es el bufón del rey que pasa a caballo!

Y se burlaban de él.

El joven rey detuvo su cabalgadura y dijo:

—No, soy el rey —y les contó sus tres sueños.

Un hombre salió entonces de entre la multitud, y con amargo tono le dijo:

—Majestad, ¿no sabe que del lujo del rico vive el pobre? Su vanidad nos nutre y sus vicios nos dan pan. Trabajar para el amo es amargo, pero más amargo aún es no tener amo para quien trabajar. ¿Cree usted que los cuervos han de alimentarnos? ¿Y qué remedio propone para estas cosas? ¿Le dirá al comprador: "Comprarás

tanto" y al vendedor: "Debes vender a tal precio"? Seguro que no. Regrese, pues, a su palacio y vista la púrpura y el lino. ¿Qué tiene usted que ver con nosotros ni con lo que sufrimos?

—¿Acaso no son hermanos el rico y el pobre? —preguntó el joven rey.

—Sí —repuso el hombre—, y el hermano rico se llama Caín.

Los ojos del joven rey se llenaron de lágrimas. Siguió avanzando por entre los murmullos de la muchedumbre, y el pajecito, asustado, lo abandonó.

Y cuando llegó al pórtico de la catedral, los soldados lo amenazaron con sus alabardas y dijeron:

—¿Qué buscas aquí? Solo el rey puede entrar por esta puerta.

Su semblante enrojeció de ira, y replicó:

—Yo soy el rey —y apartando las alabardas, penetró en el templo.

Cuando el anciano obispo lo vio entrar vestido de pastor, se incorporó con asombro en su trono, salió a su encuentro y le dijo:

—Hijo mío, ¿son estas las vestiduras de un rey? ¿Con qué corona he de coronarte y qué cetro pondré en tus manos? Por cierto, este día debía ser para ti uno de alegría y no de humillación.

—¿Debe la Alegría vestirse con lo que fabricó el Dolor? —dijo el rey, y le contó al obispo sus tres sueños.

Luego que lo hubo escuchado, el sacerdote frunció el ceño y repuso:

—Hijo mío, soy un anciano y estoy en el invierno de mis días. Sé que se hacen muchas cosas malas en el mundo: los feroces bandidos bajan de las montañas y roban los niños para venderlos a los moros; los leones acechan las caravanas y se arrojan sobre los camellos; los jabalíes arrancan de raíz el trigo de los valles y los zorros roen las vides de las colinas. Los piratas asuelan las costas del mar, queman los barcos de los pescadores y les quitan sus redes. En los pantanos viven los leprosos; tienen casas hechas de juncos y nadie se les puede acercar. Los mendigos vagan por las ciudades y comen su comida con los perros. ¿Puedes impedir que estas cosas ocurran? ¿Harás del leproso tu compañero de lecho y sentarás al mendigo a tu mesa? ¿Hará el león lo que le mandes y lograrás que te obedezca el jabalí? ¿No es más sabio que tú Aquel que creó la desgracia? No puedo aplaudir lo que has hecho, y te ordeno que vuelvas a palacio a vestir el ropaje digno de un rey. Con la corona de oro, te coronaré y colocaré en tu mano el cetro de perlas. En cuanto a los sueños no pienses más en ellos. La carga de este mundo es harto pesada para que la soporte un solo hombre y demasiado el dolor para que lo sufra un solo corazón.

—¿Eso dices en esta casa? —preguntó el joven rey, y, dejando atrás al obispo, subió los escalones del altar y se detuvo ante la imagen de Cristo.

Permaneció inmóvil allí, y a su derecha e izquierda se hallaban los maravillosos vasos de oro, el cáliz con el vino amarillo y el del óleo sagrado. Se arrodilló ante la imagen de Cristo, que lucía su triste y dolorido rostro, entre los cirios que ardían con esplendor junto al enojado santuario y el humo del incienso que formaba azules anillos al ascender hacia la cúpula. Inclino la cabeza para orar, y los sacerdotes, envueltos en sus rígidas capas, se alejaron de él.

De pronto, se oyó en la calle un violento tumulto, los nobles entraron en el templo con sus aceros desenvainados, sus erguidos penachos y sus escudos de pulido y brillante acero.

—¿Dónde está el soñador de locuras? —exclamaban—. ¿Dónde está ese rey que viste como un mendigo..., que es la vergüenza del Estado? Hemos de matarlo, porque es indigno de gobernarnos.

El joven rey inclinó de nuevo la cabeza y oró, y cuando hubo terminado la oración, se incorporó de nuevo, se viró hacia ellos y los miró con tristeza.

Y he aquí que a través de los ventanales de colores penetró a raudales la luz del día, y los brillantes rayos del sol tejieron en torno suyo una vestidura de oro, mucho más hermosa que aquella que le prepararan para su coronación. El estéril cayado floreció, y se llenó de lirios más blancos que las perlas. La seca rama de espino también floreció y se cubrió de rosas, que eran más rojas que los rubíes. Más blancos que las perlas

parecían los lirios y sus peciolos brillaban como la plata. Más rojas que los rubíes eran las rosas y sus hojas se dirían hechas de oro batido.

Se quedó inmóvil con sus vestiduras de rey, y las puertas del enjoyado santuario se abrieron; del cristal de la radiante custodia brotó una maravillosa y mística luz. Se quedó inmóvil con sus vestiduras de rey, y la Gloria del Señor colmó el lugar, y los santos, en sus labrados nichos, parecieron cobrar movimiento. Con las hermosas vestiduras regias permaneció inmóvil ante ellos, y el órgano lanzó su música, los trompeteros soplaron en sus trompetas y los niños del coro entonaron un suave cántico.

El pueblo cayó de rodillas con respetuoso temor, los nobles envainaron sus espadas y le rindieron homenaje, y el obispo palideció y sus manos temblaron.

—Te ha coronado Uno más grande que yo —exclamó, y se arrodilló ante él.

Y el joven rey bajó del altar mayor y volvió a palacio pasando por entre la multitud, pero nadie se atrevió a mirarlo a la cara porque esta era semejante a la de los ángeles.

El famoso cohete

El hijo del rey estaba por contraer enlace, y con este motivo todo el mundo se sentía regocijado. Había esperado aquel un año entero a su prometida, y por fin esta llegó. Era una princesa rusa que hacía el viaje desde Finlandia en un trineo de oro, en forma de cisne, y arrastrado por seis renos.

La princesa iba reclinada entre sus alas, y un largo manto de armiño le llegaba hasta los pies; tenía la cabeza cubierta con un hermoso gorrito de tisú de plata y era tan blanca como el palacio de nieve en el que siempre viviera. La gente, al contemplar su extraordinaria palidez, al pasar por las calles, se quedaba maravillada.

—¡Parece una rosa blanca! —exclamaban, y le arrojaban flores desde los balcones.

A las puertas del castillo, el príncipe le dio la bienvenida. Tenía estos ojos soñadores de color violeta, y su cabello parecía oro puro. Al ver a su prometida, hincó una rodilla en tierra y le besó la mano.

—Su retrato era hermoso —murmuró—, pero usted es más hermosa aún —y la princesa, al escuchar tales palabras, se ruborizó.

—Era como una rosa blanca antes —susurró un joven paje al oído de su vecino—, pero ahora parece una rosa roja.

Toda la corte quedó encantada, y durante los tres días siguientes, por doquier, se oyó decir:

—¡Rosa blanca, rosa roja! ¡Rosa roja, rosa blanca!

Y el rey ordenó que aquel paje recibiera doble paga. Como este no percibía ninguna, no le sirvió de mucho el aumento, pero esa distinción se consideraba como un gran honor y el decreto fue publicado en la *Gaceta de la Corte*.

Pasados tres días, se celebraron las bodas. La ceremonia fue magnífica, y los dos esposos se paseaban con las manos enlazadas bajo un dosel de terciopelo púrpura bordado de perlas. Luego se celebró un banquete oficial que duró cinco horas.

El príncipe y la princesa tomaron asiento en un extremo del gran salón de fiestas y bebieron en una copa de purísimo cristal. Solo los verdaderos enamorados podían beber en ella, porque si el cristal era tocado por unos labios pérfidos, se empañaba y se ponía grisáceo y opaco.

—Es claro que se aman —dijo el paje—, ¡tan claro como el cristal!

Y el rey, al oír su frase, de nuevo le dobló la paga.

—¡Qué honor! —exclamaron los cortesanos a coro.

Después del banquete debía realizarse un baile, durante el cual los desposados bailarían la danza de las

rosas, y además el rey había prometido tocar la flauta. Aun siendo un malísimo ejecutante, nadie se animaba a decírselo porque era el rey. En verdad, solo sabía dos piezas, y nunca estaba seguro de estar ejecutando una u otra, pero esto no tenía la más mínima importancia, porque de cualquier modo, al oírlo tocar, todo el mundo prorrumpía entusiasmado:

—¡Espléndido! ¡Maravilloso!

El último número del programa era una gran exhibición de fuegos artificiales que debía comenzar exactamente a medianoche.

La princesita nunca había visto fuegos artificiales. Por ese motivo, el monarca dio orden de que el pirotécnico real en persona dirigiera los preparativos.

—¿Cómo son los fuegos artificiales? —le preguntó la princesita a su esposo una mañana, mientras se paseaba con él por los jardines del castillo.

—Se parecen a la aurora boreal —repuso el rey, que siempre creía necesario contestar las preguntas dirigidas a los demás—; solo que mucho más naturales. En mi opinión, son tan hermosos como las estrellas, porque siempre se sabe cuándo van a aparecer, y además, tan agradables como la música de mi flauta. Realmente, debes verlos.

En un extremo de los jardines del palacio se levantó un estrado, y no bien el pirotécnico real hubo puesto fin a los preparativos para la fiesta, cuando los fuegos artificiales comenzaron a charlar entre sí.

—Por cierto, el mundo es muy hermoso —dijo un pequeño buscapiés—. Mira esos tulipanes amarillos, ¡ni aun siendo verdaderos petardos podrían resultar más bellos! Mucho me alegro de haber viajado. Los viajes desarrollan la mente de una manera asombrosa, y acaban con todos los prejuicios que uno pueda tener.

—El jardín del rey no es el mundo, joven —dijo una gran candela romana—, el mundo es muy extenso, y tardarías, cuando menos, tres días en recorrerlo por completo.

—Todo lugar que amamos constituye el mundo para nosotros —exclamó una melancólica girándula, unida en otros tiempos a una vieja caja de pino, y muy orgullosa ahora de su destrozado corazón—; pero el amor ya no está de moda, los poetas lo han matado. Escribieron tanto acerca de él, que nadie les cree, lo que, por cierto, no me extraña. El verdadero amor sufre y calla... Recuerdo que yo una vez..., pero, ¿a qué hablar...? El romanticismo pertenece al pasado.

—¡Tonterías! —estalló la candela romana—. El romanticismo jamás muere. Es como la luna; vive eternamente. Los recién casados, por ejemplo, se aman mucho. Se lo oí decir esta mañana a un cartucho de estruendo que estaba en la misma caja que yo y sabía las últimas noticias de la corte.

Pero la girándula movió la cabeza con triste expresión.

—¡El romanticismo ha muerto! ¡El romanticismo ha muerto! ¡El romanticismo ha muerto! —exclamó,

reiteradamente, porque era una de esas personas que creen que si se dice la misma cosa muchas veces, resulta cierta al final.

De pronto, se oyó una tos fuerte y seca, y todos miraron a su alrededor. Procedía de un cohete de altanero aspecto, atado al extremo de una larga varilla. Siempre tosía antes de hablar, con el fin de llamar la atención.

—¡Ejem! ¡Ejem! —exclamó, y todo el mundo se dispuso a escucharlo, excepto la pobre girándula, que continuaba moviendo la cabeza y repitiendo en voz baja:

—¡El romanticismo ha muerto!

—¡Orden, orden! —gritó un petardo, que tenía algo de político, por haber tomado siempre parte importante en las elecciones locales. De ahí que supiese las expresiones parlamentarias más apropiadas en cada caso.

—¡Ha muerto del todo! —susurró la melancólica girándula, y se quedó dormida.

Tan pronto como el silencio se hizo perfecto, el cohete tosió por tercera vez y comenzó a hablar. Lo hizo con voz lenta y clara, como si estuviese dictando sus memorias, y al propio tiempo miraba por encima del hombro a las personas a quienes les dirigía la palabra. En realidad, poseía modales muy distinguidos.

—¡Qué feliz es el hijo del rey de casarse el mismo día en que me van a disparar! —exclamó—. En realidad, si todo se hubiese preparado de antemano, no podría resultar mejor para él; ya se sabe que los príncipes siempre tienen suerte.

—¡Caramba! —prorrumpió el pequeño buscapiés—. Yo suponía todo lo contrario; pensaba que éramos nosotros los que íbamos a ser disparados en honor del príncipe.

—Quizás ocurra eso con ustedes —repuso el cohete—, y en realidad, estoy casi seguro de ello, pero en cuanto a mí, es muy diferente. Soy un cohete muy distinguido, y desciendo de padres famosos. Mi madre fue la más célebre girándula de su tiempo, y gozó de gran renombre por la gracia de su danza. Cuando hizo su aparición en público dio diecinueve vueltas antes de apagarse, y lanzó siete estrellas rojas en cada una. Tenía tres pies y medio de diámetro y estaba fabricada con pólvora de la mejor calidad. Mi padre era un cohete, lo mismo que yo, y de origen francés. Voló tan alto que la gente creyó que nunca volvería a descender. Lo hizo, sin embargo, porque era muy condescendiente, y efectuó una caída brillantísima, y se convirtió en una lluvia de chispas doradas. Los periódicos hablaron de su hazaña en términos muy laudatorios, y la *Gaceta de la Corte* lo llamó un triunfo del arte pilotécnico.

—Pilotécnico, pirotécnico dirás —interrumpió una luz de bengala—; sé que es pirotécnico porque he visto la palabra escrita en la caja donde me trajeron.

—Bueno, pues yo digo pilotécnico —repuso el cohete con severo tono, y la luz de bengala sintió tal vergüenza que al punto comenzó a mortificar a los pequeños buscapiés para demostrar que ella también era un personaje importante.

—Decía yo —continuó el cohete—, decía..., ¿qué decía yo?

—Hablabas de ti mismo —le recordó la candela romana.

—¡Ah, sí! Ya me parecía que estaba hablando de algún tema interesante cuando se me interrumpió en forma tan grosera. Detesto la grosería y las malas maneras porque soy en extremo sensible. No hay nadie en el mundo que sea tan sensible como yo.. Estoy segurísimo de ello.

—¿Qué es una persona sensible? —le preguntó el petardo a la candela romana.

—Una persona que, por tener callos, pisa siempre los pies de los demás —contestó la aludida con un débil murmullo, y el petardo estuvo a punto de estallar de risa.

—Perdonen, ¿de qué se ríen? —preguntó el cohete—. Yo no me río.

—Reía porque soy feliz —repuso el petardo.

—Ese es un motivo muy egoísta —replicó el cohete con colérico tono—. ¿Qué derecho tienes para ser feliz? Deberías pensar un poco en los demás... En realidad, deberías estar pensando en mí. Yo siempre pienso en mí, y creo que todo el mundo debe hacer lo mismo. Eso se llama simpatía. Es una hermosa virtud, y yo la poseo en el más alto grado. Supón, por ejemplo, que me ocurriese algún accidente esta noche. ¡Qué desgracia más grande para todos! El príncipe y la princesa

ya no podrían ser felices... Su vida matrimonial quedaría truncada para siempre; y en cuanto al rey, sé bien que no podría soportar semejante golpe. En verdad, cada vez que hago reflexiones acerca de lo importante de mi posición, me emociono tanto que casi se me saltan las lágrimas.

—Si de veras quieres agradar a los demás, mejor será que te mantengas seco —comentó la candela romana.

—¡Ciertamente! —exclamó la luz de bengala, que se había repuesto un tanto de la vergüenza—, eso es de sentido común.

—¿Sentido común? —replicó el cohete, muy indignado—. Se olvidan de que yo no tengo nada de común y que soy muy distinguido. Cualquiera puede poseer sentido común, siempre que carezca de imaginación, pero yo la tengo, pues nunca veo las cosas tal como son, sino que siempre las veo muy diferentes. En cuanto a eso de mantenerme seco, veo que a mi alrededor no hay nadie que pueda apreciar bien un temperamento emotivo. Afortunadamente para mí, tal cosa no me preocupa en lo más mínimo. Lo único que lo sostiene a uno en la vida es el conocimiento de la inmensa inferioridad de los demás, y yo he cultivado siempre ese sentimiento. Pero ninguno de ustedes tiene corazón. Los veo reír y regocijarse como si el príncipe y la princesa no se hubiesen casado.

—¡Cómo! —exclamó un pequeño globo de fuego—. ¿Por qué no hemos de reír y regocijarnos? Hoy es un alegre día, y cuando me eleve en el aire, pienso decírselo

así a las estrellas. Ya verán cómo destellarán de entusiasmo cuando les hable de la belleza de la desposada.

—¡Ah, qué concepto más trivial tienen de la vida! —exclamó el cohete—. Pero no esperaba yo de ti otra cosa; eres hueco y estás vacío. Quizás el príncipe y la princesa vayan a vivir a un país donde haya un río profundo; quizás tengan un solo hijo, un pequeñuelo de rubios y rizados cabellos y de ojos violeta como los del príncipe; tal vez vaya algún día a pasear con su nodriza; quizás esta se duerma a la sombra de un gran sauce y tal vez el niño se caiga al río y se ahogue. ¡Qué terrible desgracia perder a su único hijo! ¡Es, en verdad, terrible! Nunca podré soportar semejante calamidad.

—Pero no han perdido a su único hijo —comentó la candela romana—. No les ha ocurrido ninguna desgracia, que yo sepa.

—No he dicho que les haya ocurrido —replicó el cohete—. Dije que podría sucederles. Si hubiesen perdido a su único hijo, sería inútil comentar el asunto. Detesto a las personas que se lamentan después de derramada la leche. De todos modos, cuando pienso que podrían perder a su único hijo, me siento tremendamente afectado.

—¡Ahora has dicho la verdad! —exclamó la luz de bengala—. ¡Eres la persona más afectada que he visto en mi vida!

—¡Y tú la más grosera con quien he tropezado! —replicó el cohete—. Nunca podrías comprender mi afecto por el príncipe.

—¡Bah! Ni siquiera lo conoces —gruñó la candela romana.

—Nunca dije que lo conocía —repuso el cohete—. Me atrevo a decir que no sería entonces su amigo. Es algo muy peligroso que uno conozca a sus amigos.

—Realmente creo que harías mejor en mantenerte seco —dijo el globo de fuego—. Eso es lo más importante.

—No dudo de que será importante para ti..., y mucho —replicó el cohete—, pero yo lloraré si me da la gana.

Y al punto estalló en lágrimas que corrieron por su varilla como gotas de lluvia, ahogando casi a dos pequeños escarabajos que se habían propuesto fundar una familia y buscaban un lugar seco dónde instalarse.

—Ese individuo debe tener un temperamento muy romántico, puesto que llora cuando no hay por qué llorar —dijo la girándula, lanzó un profundo suspiro y se puso a pensar en la caja de pino.

Pero la candela romana y la luz de bengala estaban indignadísimas, y a voz en cuello gritaban:

—¡Pamema!¹ ¡Pura pamema!

Ambas personas eran muy prácticas, y siempre que se oponían a algo lo llamaban pamema.

Entonces apareció la luna, brillando como un maravilloso escudo de plata; las estrellas comenzaron a lucir en el cielo, y desde el palacio llegaron los sonos de una bella música.

¹Pamema: Cosa sin importancia. (Nota del Editor.)

El príncipe y la princesa presidían la fiesta. Bailaban tan bien que los pequeños lirios blancos se asomaron a las ventanas para contemplarlos, y las grandes amapolas rojas movían sus cabezas marcando el compás.

Sonaron las diez, sonaron las once y luego las doce, y con la última campanada de la medianoche, todo el mundo corrió a la terraza y el rey hizo llamar al pirotécnico real.

—Que comiencen los fuegos artificiales —dijo.

El pirotécnico real hizo una profunda reverencia y se alejó hacia el fondo de los jardines, en compañía de sus seis ayudantes, cada uno de los cuales llevaba una antorcha encendida en el extremo de una larga pértiga.

El espectáculo fue realmente magnífico.

—¡Fsss! ¡Fsss! —hizo la girándula cuando comenzó a dar vueltas cada vez más vertiginosas.

—¡Bum! ¡Bum! —hizo la candela romana al estallar.

Luego los buscapiés danzaron por el jardín, y las luces de bengala tiñeron todo de rojo.

—¡Adiós! —gritó el globo de fuego mientras se elevaba hacia el cielo, dejando caer chispas azules.

—¡Pon! ¡Pon! —respondieron los petardos, que se divertían a más no poder.

Todos tuvieron un gran éxito, excepto el cohete distinguido, que se hallaba tan húmedo a causa de las lágrimas que no pudo arder. Lo mejor que había en él era la pólvora, y esta se hallaba tan mojada que se tomó inservible. Todos sus pobres parientes, a quienes

nunca les dirigía la palabra sin acompañarla con una despectiva sonrisa, se elevaron hacia el cielo como magníficas flores de oro.

—¡Hurra! ¡Bravo! —gritaba la corte, y la princesita reía de placer.

“Supongo que me reservarán para alguna ocasión” —se dijo el cohete—. “Sí, no hay duda de que es para eso” —agregó, y miró a su alrededor más altanero que nunca.

Al día siguiente llegaron los obreros para ponerlo todo en orden.

“Sin duda se trata de una comisión” —se dijo el cohete—. “La recibiré con la adecuada dignidad” —y frunció las cejas con altanería, como si estuviese pensando en algo de mucha importancia. Pero los obreros no se percataron de su presencia sino cuando se disponían a marcharse. Entonces uno de ellos lo vio.

—¡Ah! ¡Un cohete inservible! —exclamó, y lo arrojó por encima del muro.

—¡Inservible! ¡Inservible! —gritó el cohete indignado, mientras daba vueltas por el aire—. ¡Ilustre cohete es lo que ese individuo dijo! Inservible e illustre suenan para mí casi lo mismo, y a veces ambas cosas son idénticas —y al tiempo que caía en el lodo, agregó—: No es muy cómodo esto, pero sin duda se trata de algún balneario de moda a donde me envían para que reponga mi salud. Mis nervios se hallan muy trastornados y necesito descanso.

Entonces una ranita de brillantes ojitos y vestida con un verde traje moteado se acercó nadando hasta él.

—¡Hum! ¡Un recién llegado! —dijo—. Bien, bien. Después de todo, nada hay mejor que el fango. Dame tiempo lluvioso y una buena charca, y soy completamente feliz. ¿Crees que lloverá esta tarde? Así lo espero yo, por lo menos, pero el cielo está azul y despejado. ¡Qué lástima!

—¡Ejem! ¡Ejem! —tosió el cohete, para atraer la atención.

—¡Qué deliciosa voz tienes! —exclamó la rana—. Se parece al croar de las ranas, que es, desde luego, el sonido más bello del mundo. Esta noche puedes oír nuestro coro. Nos reunimos en el viejo estanque de los patos, próximo a la granja, y tan pronto como aparezca la luna comenzaremos. ¡Qué encantador que todo el mundo permanezca despierto para escuchar-nos! En realidad, ayer mismo le oí decir a la mujer del granjero que no pudo pegar los ojos en toda la noche por causa nuestra. Es muy agradable descubrir que se goza de tanta popularidad.

—¡Ejem! ¡Ejem! —dijo el cohete, muy fastidiado por no poder hablar a sus anchas.

—Sí, tu voz es deliciosa —continuó la rana—, y espero que vengas a cantar con nosotras en el estanque de los patos. Y, ahora, perdóname, pero debo irme... tengo que ver a mis hijas. Tengo seis hermosas hijas, y temo que en el momento menos pensado se encuentren

con el lucio.. Es un verdadero monstruo y no vacilaría en desayunarse con ellas. Bueno, hasta la vista. Me ha agradado mucho nuestra conversación.

—¡Nuestra conversación! —gruñó el cohete—. Tú has hablado sola durante todo el tiempo. ¿Tienes el descaro de llamarle conversación a eso?

—Alguien debe ser el que escucha —repuso la rana—, y me agrada sobremedida hacer el gasto de la conversación. Eso ahorra tiempo y evita discusiones.

—¡Pero a mí me gustan las discusiones! —gritó el cohete.

—¡No puedo creerlo! —replicó la rana con irónico tono—. Las discusiones resultan en extremo vulgares, porque en la buena sociedad todo el mundo tiene exactamente las mismas opiniones. Adiós otra vez... Acabo de ver a mis hijas allá abajo —agregó, y sin una palabra más se alejó nadando.

—Eres una persona irritante y antipática —dijo el cohete—. Odio a las personas que hablan de sí mismas, como tú, cuando uno necesita hablar de sí mismo, como me ocurre a mí. Eso se llama egoísmo, y el egoísmo es una cosa detestable, especialmente para aquellos que, como yo, tienen un temperamento bondadoso. En verdad, debías tomarme como ejemplo, pues no te sería posible hallar un modelo mejor, y ahora que tienes esta oportunidad, aprovéchala enseguida, porque pienso volver pronto a la corte, donde soy muy estimado. Ayer, sin ir más lejos, el príncipe y la princesita

se casaron en mi honor. Pero, sin duda, como provinciana que eres, ignoras todas estas cosas.

—No pierdas tiempo en hablarle —dijo una libélula que se hallaba posada en la punta de un junco—. Ya se ha ido.

—Bueno, ella es la que va a salir perdiendo y no yo —replicó el cohete—. No voy a dejar de hablar por el hecho de que no me atiendan. Me agrada oír mi voz... Este es uno de mis mayores placeres. A menudo converso durante largo rato conmigo mismo, y soy tan profundo que con frecuencia no entiendo una sola palabra de lo que digo.

—Entonces deberías dar conferencias sobre temas filosóficos —repuso la libélula, y desplegando sus transparentes alitas se elevó hacia el cielo.

—¡Qué tonta es de no quedarse aquí! —exclamó el cohete—. Estoy seguro de que no siempre se le presentarán oportunidades como esta para educarse un poco, aunque después de todo, eso no me importa un comino. Los genios como yo, tarde o temprano, son apreciados —y, al terminar de hablar, se hundió un poco más en el lodo.

Al cabo de un rato, una gran pata blanca se acercó nadando hacia él. Tenía las patas amarillas, los pies palmeados, y era considerada una gran belleza por la manera como se contoneaba al caminar.

—¡Cuac! ¡Cuac! ¡Cuac! —dijo la pata—. ¡Qué forma más rara tienes! ¿Puedo preguntarte si has nacido así o es el resultado de un accidente?

—¡Cómo se nota que has vivido siempre en la campiña! —replicó el cohete—. De no ser así, sabrías quién soy. Sin embargo, disculpo tu ignorancia, porque no estaría bien pretender que los demás fuesen seres tan extraordinarios como uno mismo. Sin duda, te sorprenderá saber que puedo volar hasta el cielo y que al caer me transformo en una lluvia de doradas chispas.

—No me parece eso una gran hazaña, pues a mi modo de ver carece de toda utilidad —repuso la pata—. Otra cosa sería si supieras arar los prados como el buey, arrastrar un carro como el caballo, o vigilar los rebaños como el perro del pastor.

—Buena mujer —dijo el cohete con altanero tono—, veo que perteneces a la plebe. Las personas de mi condición social nunca somos útiles... Poseemos raras prendas de encanto personal, y eso es más que suficiente. Yo no tengo la menor afición al trabajo, y menos aún hacia esos tan bajos como los que has mencionado. En realidad, siempre he tenido la opinión de que el trabajo rudo es sencillamente el refugio de quienes no tienen otra cosa que hacer.

—¡Bien, bien! —dijo la pata, que era de temperamento muy pacífico y nunca discutía—. En cuestión de gustos no hay nada escrito. De todos modos, espero que establezcas aquí tu residencia.

—¡Líbreme Dios de ello! —exclamó el cohete con expresión de horror—. Soy simplemente un visitante..., un visitante distinguido, y en realidad encuentro

muy aburrida esta charca. No hay aquí ni sociedad ni soledad, y me parece hallarme en un barrio suburbano. Creo que voy a regresar a la corte, pues sé que estoy destinado a causar sensación en el mundo.

—Yo también pensé entrar en la vida pública una vez —observó la pata—. ¡Hay tantas cosas que piden ser reformadas! Hace algún tiempo presidí una reunión en la que aprobamos algunas resoluciones por las cuales se abolía todo lo que nos desagradaba, pero al parecer no dieron gran resultado. Ahora me dedico a la vida doméstica y cuido de mi familia.

—Yo he nacido para la vida pública, y en ella actúan todos mis parientes, hasta los más humildes—replicó el cohete—. Dondequiera que aparecemos, llamamos sobremanera la atención. Hasta ahora no he figurado personalmente, pero cuando lo haga, resultará un magnífico espectáculo. En cuanto a la vida doméstica, la detesto, pues lo hace envejecer a uno y aparta la mente de otras cosas más elevadas.

—¡Oh, qué bellas son las cosas más elevadas de la vida! —exclamó la pata—; eso me hace recordar el hambre que tengo.

Dicho esto, se alejó nadando y gritando: "¡Cuac! ¡Cuac! ¡Cuac!"

—¡Regresa! ¡Regresa! —gritó el cohete—, aún tengo muchas cosas que decirte.

Pero la pata no le prestó la menor atención.

"Me alegro de que se haya ido" —se dijo el cohete al cabo de un instante—; "realmente tiene un espíritu mediocre" —y se hundió un poco más en el barro para reflexionar acerca del aislamiento en que deben vivir los genios, cuando de pronto dos chiquillos llegaron corriendo a orillas de la charca con una marmita y algunos leños.

"Esta debe ser la comisión" —se dijo el cohete, y trató de adoptar una actitud digna,

—¡Oh! —exclamó uno de los niños—, ¡mira este palo viejo! ¿Cómo habrá venido a parar aquí? —agregó, sacándolo del lodo.

—¡Palo viejo! —gruñó el cohete—. ¡Imposible! ¡Palo de oro habrá querido decir! Palo de oro es un cumplido. ¡Sin duda me toma por uno de los dignatarios de la corte!

—¡Echémoslo al fuego! —dijo el otro niño—. Así ayudará a que hierva el agua.

Amontonaron los leños, pusieron el cohete encima de ellos, y encendieron el fuego.

—¡Esto es magnífico! —gritó el cohete—. ¡Van a dispararme en plena luz, para que todo el mundo pueda verme!

—Vámonos a dormir ahora —dijeron los niños—, y cuando despertemos el agua estará hirviendo.

Al punto se acostaron sobre la hierba y cerraron los ojos.

El cohete estaba muy húmedo, de modo que pasó un buen rato antes de que ardiera. Por fin, el fuego hizo presa en él.

—¡Ahora me voy! —gritó con alborozado tono, y se irguió todo lo que pudo—. Sé que he de subir más alto que las estrellas..., más alto que la Luna..., mucho más alto que el Sol. Subiré a tanta altura que..

¡Fsss! ¡Fsss! ¡Fsss!, hizo de pronto, y se elevó en el aire con vertiginosa rapidez.

—¡Magnífico! ¡Estupendo! —gritó—. Seguiré subiendo así siempre. ¡Qué éxito tengo!

Pero nadie lo vio.

De pronto, comenzó a sentir un extraño cosquilleo.

—Ahora voy a estallar —dijo—. Incendiaré el mundo entero y haré tal ruido que durante todo un año no se hablará de otra cosa —y, en efecto, estalló.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!, hizo la pólvora, pero nadie oyó la explosión, ni siquiera los dos niños, porque estaban profundamente dormidos.

Todo lo que quedó del cohete fue la varilla, y esta cayó sobre una oca que daba su paseo por la orilla de la charca.

—¡Cielos! —exclamó muy asustada—. ¡Ahora va a caer una lluvia de palos! —y al punto se arrojó al agua.

—No ignoraba que iba a causar una gran sensación —murmuró el cohete con voz entrecortada, y expiró.

Índice

El fantasma de Canterville/ 5

El ruiseñor y la rosa/ 54

El Príncipe Feliz/ 63

El gigante egoísta/ 78

El joven rey/ 85

El famoso cohete/ 107

